

Bolívar y Clausewitz

**vidas paralelas en la política
y en la guerra (1812-1813)**

Yván Salcedo Uzcátegui

LAS FORMAS DEL FUEGO

ENSAYO



**Bolívar y Clausewitz:
Vidas paralelas en la política
y la guerra
(1812-1813)**



LAS FORMAS DEL FUEGO

Yván Salcedo Uzcátegui

**Bolívar y Clausewitz:
Vidas paralelas en la política
y la guerra (1812-1813)**

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS,
MENCIÓN ENSAYO, EDICIÓN 2020



1.a edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021

Bolívar y Clausewitz: Vidas paralelas en la política
y la guerra (1812-1813)

© Ministerio del Poder Popular para la Cultura
de la República Bolivariana de Venezuela

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, municipio Libertador,
Apartado Postal 1040, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 485.0444

www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N°

ISBN

Introducción

Bolívar y Clausewitz pudieran ser considerados como hombres de acción y pensamiento que, sin duda alguna, han venido influenciando la vida política de las naciones desde principios del siglo XIX. Bolívar, pensador y pragmático, líder de la emancipación de casi todo un continente, mediante la participación de un pueblo, hizo frente justamente a un decadente pero poderoso imperio europeo. Casi en paralelo, Clausewitz teorizó sobre aspectos de la guerra como instrumento de política de las naciones, sintetizando el accionar político de un Estado frente al escenario internacional, siendo la guerra precisamente uno de los medios o instrumentos de política que se venían gestando en el pensamiento de la clase dirigente europea y su área de influencia, amoldando las formas del enfrentamiento militar con el fin último de alcanzar algún deseo, que denominó objetivo político.

Estos hombres, uno nacido en América y el otro en Europa, vivieron en un mismo periodo temporal, entre 1780 y

1830 aproximadamente, envueltos en avatares políticos en el que lo militar era fundamental para el desempeño de la acción gubernamental. Cada uno tuvo sus vivencias en espacios geográficos y culturales bien diferenciados, teniendo en común una formación castrense basada en la misma concepción filosófica e impartida en todos los ejércitos de Europa y las colonias de América.

Clausewitz vivió las penurias de la guerra que enfrentó a los principales Estados europeos monárquicos contra la Francia liderada por Napoleón Bonaparte. Bolívar, se estrena como oficial activo de las fuerzas patriotas con la pérdida de Puerto Cabello en junio de 1812, que posteriormente se tradujo en la caída de la Primera República. Después de 1818, Clausewitz se dedica a la formación académica de los nuevos cadetes, iniciando así sus estudios, reflexiones y aportes sobre la guerra. Desde diciembre de 1812, Bolívar aparece en la escena política, avanzando desde Cartagena hasta Cúcuta, y de allí en mayo de 1813 sobre Venezuela con el fin de alcanzar Caracas, para liberarla del gobierno realista.

Es posterior a la muerte de Clausewitz en 1832 cuando su esposa logra publicar *De la guerra*, libro considerado como una obra universal y por el cual es reconocido su autor a nivel mundial. Es una producción filosófica extensa donde se abordan diferentes tópicos inherentes a la guerra tal como se hacía a principios del siglo XIX. Expone aspectos tácticos, logísticos y principalmente estratégicos. En su trabajo, Clausewitz indica que la guerra es el sometimiento del adversario haciendo uso de la violencia, imponiéndose por tanto, la voluntad del vencedor. La violencia ilimitada es empleada por pueblos tanto cultos como incultos, desatando el odio entre las naciones que generan acciones de destrucción total del enemigo.

Según este filósofo de la guerra, se requiere desarmar al enemigo para imponer la voluntad a su adversario, colocándolo

en posición de desventaja, debiendo el adversario realizar un mayor esfuerzo para superar las acciones de guerra que le han sido impuestas. Un aporte estratégico de suma importancia para comprender la guerra es el planteamiento del objetivo político que se fijan los Estados. Otra contribución de trascendencia consiste en haber indicado que uno de los mecanismos para alcanzar dicho objetivo político es la utilización de la guerra como herramienta del quehacer político de los Estados beligerantes.

En toda guerra aparece una trilogía conformada por el odio, la enemistad y la violencia primitiva. La actuación del pueblo es asociada con el odio despertado en este. La enemistad es una potestad atribuible al jefe militar y su tropa, y la violencia primitiva vendría a ser una facultad a disposición de cada gobierno creador del objetivo político. Un líder militar debía sincronizar esta trilogía, lo que implica el empleo de capacidades intelectuales derivadas de la inteligencia para engranar los sentimientos del pueblo, a través de acciones de valor y talento del jefe militar y su ejército, más que haciendo uso de la violencia primitiva cedida por el gobierno.

Un aspecto innovador que presenta la obra *De la guerra* es lo referente al pueblo armado, en palabras de Clausewitz, la nación en armas. El momento histórico vivido por Clausewitz se da en medio de una Europa que experimentaba diferentes guerras concentrando grandes masas de población, como nunca antes se había vivido. En los conflictos bélicos participaban exclusivamente cuerpos militares; el pueblo, conformado por campesinos, artesanos y obreros, realizaba sus actividades cotidianas sin que estas fueran interrumpidas por las pugnas. Clausewitz señala que esta forma de percibir la guerra está encerrada por una barrera artificial. A principios del siglo XIX esta situación va cambiando progresivamente, el pueblo comienza a tomar parte en el enfrentamiento,

haciendo que la guerra incremente su capacidad destructiva. Y Clausewitz teoriza sobre estos aspectos.

Una vez identificados los principales aportes teóricos de Clausewitz sobre la guerra, se presentará el entorno militar en el que se forjó el genio guerrero de Simón Bolívar. Dicho entorno se inicia con las reformas borbónicas ordenadas por Carlos III. Las reformas fueron establecidas para potenciar el sistema defensivo de todas las plazas principales y puertos, así como de enclaves coloniales de menor importancia —caso de Tierra Firme— en las colonias españolas en América. En Europa prevalecía la Ilustración como corriente filosófica, que pregonaba que los problemas de las sociedades se resolverían en la medida en que estas estuvieran presididas por gobernantes ilustrados. En España estas ideas se concretan con el ascenso de Carlos III al trono, que algunos reconocen como el más ilustrado de la casa real.

Aparte de promover mejoras en el sistema defensivo denominado *Llaves* principales y secundarias, también se inician reformas en la conformación de los cuerpos de milicias regladas, para lo cual se toman los reglamentos elaborados en La Habana, Cuba, y que van a regir la organización de nuevas milicias en el resto del continente. Con este mismo espíritu reformador, el rey Carlos III emite una reestructuración de su ejército y se decide la publicación de las *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus ejércitos*, impresa en 1768.

Estas ordenanzas eran de estudio obligatorio para cada cadete que ingresaba al ejército realista español. Abarcaba una amplia gama de instrucciones que debían ser celosamente cumplidas por cada miembro del ejército, desde el más humilde soldado hasta el oficial de más alto rango. Por otro lado, los cadetes, futuros oficiales, procedían de familias nobles, o en su defecto, debían ser hijos de oficiales desde capitanes

hasta el mayor de los generales. La fuerza militar española era un ejército de élites, donde el origen noble o de servicio militar era fundamental para beneficiarse del fuero castrense.

Previamente a la propuesta de Clausewitz, ya algunos pensadores habían aportado ideas e incluso se habían escrito manuales sobre cómo debería ser el procedimiento de los ejércitos regulares que hacían vida en la Europa ilustrada, estos avances ya se presentaban desde antes del siglo XVIII. Entre esos pensadores figura el conde Raimondo de Montecucoli y su obra *El arte universal de la guerra*, tenido por Bolívar como uno de sus favoritos. Otro pensador previo a Clausewitz fue el rey Federico II de Prusia, quien redactó la conocida *Instrucción secreta que Federico II, rey de Prusia, dio a sus oficiales, principalmente a los de caballería y dragones en la ocasión de la guerra de Baviera*, publicada en español en 1793.

Bolívar ingresó en enero de 1797, a los trece años y medio de edad, como cadete del Batallón de Milicias Regladas de Blancos de los Valles de Aragua. Pasó allí el tiempo establecido en las Ordenanzas de Carlos III. Ocupó el séptimo lugar de nueve cadetes entrenados en ese ciclo. Superado este proceso de formación, viajó a Europa, donde completó su instrucción militar de la mano del marqués de Uztáriz. En Madrid estudió filosofía, historia, matemáticas, literatura y lenguas vivas como las primeras disciplinas necesarias para su crecimiento intelectual. El marqués de Uztáriz le recomendó el estudio de los clásicos: Plutarco, Polibio, Tácito, Tito Livio y Julio César. También es posible que haya estudiado *Las instituciones militares* de Flavio Vegecio, las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado, *El arte universal de la guerra* de Raimundo Montecucoli y la *Instrucción secreta que dio a sus oficiales Federico II de Prusia*. Obras de referencia obligada en el ambiente militar que prevalecía en la época.

En el marco de los inicios de la Guerra de Independencia, Bolívar emite el *Manifiesto de Cartagena* el 15 de diciembre de 1812. En este deja claramente indicado cuál sería el objetivo político a ser desarrollado sobre Venezuela al año siguiente, para lo cual solicitaba al Gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada le autorizará la ejecución política de su propuesta de liberación. Es a lo largo de toda la campaña, hoy conocida como la Campaña Admirable, cuando Bolívar va ejecutando acciones de guerra contra los realistas, enmarcadas completamente en las propuestas teóricas indicadas por Clausewitz, en las que perfectamente se justifica el Decreto de Guerra a Muerte emitido en Trujillo de 1813. Bolívar aspiraba a liberar a Venezuela haciendo el menor uso posible de la violencia, incorporando a su paso a hombres y mujeres que irían engrosando su ejército, de igual manera aprovecharía los recursos materiales necesarios, suministrados por los lugareños, para el sostenimiento de las tropas.

Por todo ello pudiera considerarse que efectivamente existe una especie de paralelismo entre las acciones militares ejecutadas por Bolívar en la Campaña Admirable de 1813 y la propuesta teórica de Clausewitz, redactada aproximadamente desde 1818 y publicada en 1832. Da la impresión de que Bolívar orientaba a Clausewitz cuando reflexionaba y redactaba *De la guerra*. Sin duda alguna, estos hombres que vivieron en el mismo periodo histórico, en espacios físicos totalmente diferentes, en medio de sociedades, culturas y costumbres totalmente disímiles, coincidieron en la manera de pensar y ejecutar las acciones de guerra —Bolívar en la lucha de liberación de la América y Clausewitz en las guerras europeas que vivió.

Identificar los principales aportes filosóficos de Clausewitz sobre la guerra

Aspectos biográficos relevantes de la vida de Clausewitz

En el Prólogo de *De la guerra*, publicado por la Editorial Hormiguero¹ se indica que el oficial del ejército prusiano Karl von Clausewitz nació en la ciudad de Burg, Alemania, el día 1.º de junio de 1780. Como era la costumbre, a los doce años se incorporó al ejército prusiano, donde su padre había sido oficial. A los veintiún años inició estudios en la Academia Militar de Prusia. Al contar con treinta y un años, en 1818, fue nombrado director de esa institución. Según sus biógrafos y críticos, es a partir de ese momento cuando inicia sus reflexiones plasmadas posteriormente en *De la guerra (Vom Kriege)*.

Debido a la muerte Clausewitz el 6 de noviembre de 1831, *De la guerra* fue publicado por su esposa en 1832. Al momento de su fallecimiento, el autor contaba con cincuenta y un años de edad. Hasta donde se tiene entendido, pudo corregir solamente el primer libro.

1 Ver Karl von Clausewitz, Prólogo, *De la guerra*, Caracas, Editorial Hormiguero, 2016.

El padre de Clausewitz se llamaba Federico Gabriel,² era oficial del regimiento 47 de infantería. Karl von Clausewitz era coronel cuando tenía treinta y cinco años, y a los treinta y ocho asciende a general de brigada. La esposa de Clausewitz fue Marie von Brühl; la pareja se conoció en 1803, en una cena a la que ella asistía como dama de honor de la reina madre y él como ayudante del príncipe Augusto.

Conceptos básicos de Clausewitz sobre la guerra

Clausewitz define la guerra como «un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario»³. El filósofo presenta una sencilla y clara definición sobre la guerra. Esta consiste en el enfrentamiento que se lleva a cabo entre dos adversarios o bandos donde cada uno procura imponer su voluntad al contrincante haciendo uso de la fuerza.

La fuerza, señala el autor, es el medio que permite a los adversarios imponer cada quien su voluntad al contendiente, siendo este el objetivo más importante. Cada adversario, al momento de aplicar la fuerza, por lo general lo realiza con «crueldad, sin retroceder ante el derramamiento de sangre, por grande que sea, obtiene una ventaja sobre el adversario, siempre que este no haga lo mismo»⁴. La aplicación de la fuerza física implica necesariamente infligir al enemigo el mayor daño posible, proporcionando la mayor cantidad de bajas o muertes entre las filas contrarias, recibiendo en contrapartida una ventaja sobre dicho enemigo, siempre y cuando, el rival no llegara a responder con medidas semejantes.

Una vez desatada la guerra, la misma se ejecuta con acciones de destrucción, no importando si la aplicación de la

2 Ver el artículo «Marie Von Brühl, esposa de Carl Clausewitz» por Miguel Alonzo Baquer en: *Clausewitz y su entorno intelectual*, Madrid, Ministerio de Defensa, p. 47.

3 Clausewitz, Karl, *De la guerra*. Buenos Aires, Ediciones Mar Océano, 1960, pp. 611. Traducción relazada por R. W. Setaro..

4 *Ibidem*, p. 10.

fuerza llevada a cabo por cada contendiente es realizada por pueblos cultos o incultos, «esta diferencia no reside en la naturaleza intrínseca del salvajismo o de la civilización sino en las circunstancias que la rodean (...). En una palabra, hasta las naciones más civilizadas pueden inflamarse con pasión en odio recíproco»⁵. La aplicación de la fuerza —según Clausewitz— mediante acciones de violencia contra el enemigo, causando la muerte entre las filas contrarias, no estaba sujeta al nivel cultural alcanzado por las naciones en pugna, tampoco estaba sujeta a actos racionales entre los adversarios. Estas acciones de fuerza expresadas en violencia, por lo general responden al ímpetu y rencor recíproco que surge entre los bandos contrincantes.

Una segunda concepción que propone el autor es que «la guerra es un acto de fuerza, y no hay límites para la aplicación de dicha fuerza. Cada adversario fuerza la mano del otro y esto redundará en acciones recíprocas teóricamente ilimitadas»⁶. Esta concepción vendría a complementar la idea inicial sobre la guerra. La guerra consiste en el sometimiento del enemigo a la voluntad de su adversario, mediante actos de fuerzas ilimitadas y recíprocas, teniendo como resultado destrucción y muerte ilimitadas. Este sería el fin de una guerra, el sometimiento por aniquilación del enemigo vencido.

Por ello, señala Clausewitz, se requiere el desarme del enemigo. Este desarme para lograr imponer la voluntad implica colocar al enemigo en una posición de desventaja, lo que debería generar en el bando contrario un mayor esfuerzo en las acciones a oponer, gracias a la acción desfavorable que ha de imponérsele al enemigo. Esta posición desventajosa para el bando contrario necesariamente debe ser duradera, no transitoria, ya que si el enemigo percibe que es transitorio no

5 *Ibidem.*

6 *Ibidem*, p. 11.

estaría dispuesto a rendirse, en cambio, esperaría un momento más favorable para continuar la acción bélica. El propósito de toda guerra o acción militar es desarticular o devastar al enemigo⁷.

El filósofo Clausewitz nos presenta la ley de los extremos, conformada por la ejecución de acciones recíprocas entre los oponentes:

- Primera acción recíproca o primer extremo: «La guerra es un acto de fuerza, y no hay límites para la aplicación de dicha fuerza. Cada adversario fuerza la mano del otro y esto redundará en acciones recíprocas teóricamente ilimitadas»⁸.
- Segunda acción recíproca o segundo extremo: «Mientras no haya derrotado a mi adversario debo temer que él pueda derrotarme. Ya no soy, pues, dueño de mí mismo, sino que él fuerza mi mano como yo fuerzo la suya»⁹.
- Tercera acción recíproca o tercer extremo: «Podríamos regular nuestros esfuerzos de acuerdo con [el cálculo que hagamos de la resistencia de nuestro oponente] e intensificarlos para obtener una ventaja o bien para sacar de ellos el máximo posible si nuestros medios no bastaran para asegurarnos esa ventaja»¹⁰.

El objetivo político de la guerra

Estas consideraciones sobre el objetivo político de una beligerancia las realiza Clausewitz partiendo de la idea de que la guerra es el símil de un duelo entre dos luchadores, cada cual procurando imponer su voluntad al oponente mediante la

7 *Ibidem*, p. 12.

8 *Ibidem*, p. 10.

9 *Ibidem*, p. 12.

10 *Ibidem*.

aplicación de la fuerza¹¹. Sin embargo, hechas las respectivas reflexiones, el filósofo indica claramente que: «El resultado de la guerra nunca es absoluto»¹². Las guerras por lo general son llevadas a cabo por dos o más Estados-nación. Cuando un Estado pierde una guerra ante otro Estado oponente, ve en la derrota un mal que es necesario transitar. Esta situación negativa necesaria puede ser subsanada «en las circunstancias políticas venideras»¹³.

En este mismo orden de ideas, el filósofo expresa que según la Ley de Probabilidades, la cual deduce de los datos suministrados por la realidad «cada bando sacará sus conclusiones respecto a cuál será la acción del contrario y de acuerdo a ello, determinará la suya propia»¹⁴. Cada oponente actuará en función de las circunstancias, del accionar del enemigo, de los recursos propios, con el único fin de someter al enemigo a su voluntad.

Esta actuación de cada Estado, sujeta al análisis de probabilidades sobre hombres y circunstancias, se origina gracias a que en los Estados-nación se genera un objetivo político¹⁵. Este surge en una o ambas naciones rivales, siendo este objetivo político esencial en el enfrentamiento mediante métodos de fuerza entre las naciones. Es la causa original de las guerras. La acción militar se convierte en un vehículo, una herramienta, el medio por el cual un Estado logra alcanzar el objetivo político definido previamente.

Clausewitz también advierte que este objetivo político ejerce una influencia sobre la población, que el autor denomina «masas»¹⁶, recomendando considerar el carácter de esas

11 *Ibidem.*

12 *Ibidem*, p. 15.

13 *Ibidem.*

14 *Ibidem.*

15 *Ibidem*, p. 16.

16 *Ibidem.*

masas. Señala el filósofo que una acción militar se puede ver fortalecida o debilitada, según el estremecimiento y la conmoción generada en la población, gracias al objetivo político fijado. La guerra por lo tanto, según Clausewitz, es un evento totalmente político. La guerra surge entonces de un objetivo político, por ello interviene e influye continuamente «hasta donde lo permita la naturaleza de las fuerzas explosivas que contiene»¹⁷.

«La guerra es la mera continuidad de la política por otros medios»¹⁸

Una de las afirmaciones por las que es bien conocido Clausewitz es precisamente por su aseveración sobre la guerra: «La guerra es la mera continuidad de la política por otros medios». Pero, ¿qué es lo que realmente quiere expresar Clausewitz en relación con este aspecto?

Según nuestra apreciación, la guerra se debe considerar como un genuino instrumento para llevar a cabo la política o como anteriormente se ha descrito, para alcanzar el objetivo político. Por tanto, la guerra es el instrumento a disposición de un Estado para interrelacionarse con otro ente similar, y esa interrelación se da gracias a que la guerra es la herramienta necesaria para dicha interrelación, es por tanto un instrumento de política internacional. El objetivo a ser alcanzado es la decisión política y la guerra, considera Clausewitz, es el instrumento para alcanzar dicho objetivo. La guerra viene siendo el ente ejecutor de la política. Además considera que «tanto el medio como el objetivo nunca deberían ser considerados por separado»¹⁹.

17 *Ibidem*, p. 23.

18 *Ibidem*, p. 24.

19 *Ibidem*.

En la medida en que haya mayor interés en la destrucción del enemigo, habrá mayor coincidencia entre la intención castrense y la decisión política, de esta forma la guerra tiene matices de una guerra puramente militar y menos como guerra política. Por el contrario, si las tensiones entre los elementos militares son menores, la violencia no se expresa cruelmente, concordando en menor medida con la tendencia violenta, entonces será una guerra más de corte político.

Aun cuando pareciera que de ciertas guerras desapareciera la presencia de la acción política y en otras esta tendría mayor preponderancia, en ambos casos, «siempre las guerras más violentas o no, se tratará, a fin de cuentas, de guerras políticas o de actos políticos»²⁰.

Por tanto, señala Clausewitz, el gobernante de un Estado nación, así como su jefe militar, deberían considerar estas reflexiones al momento de visualizar el tipo de guerra que dicho Estado desea desarrollar. Aun cuando la guerra siempre es política, existe la guerra, identificada por Clausewitz como guerra militar, así como existe la guerra de corte más político. Teniendo claro estas definiciones se estaría resolviendo uno de los más grandes inconvenientes estratégicos²¹.

RELACIÓN ENTRE EL INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA (LA GUERRA) Y LAS EMOCIONES ENTRE LA MASA COMBATIENTE

Los combatientes que intervienen en el conflicto están sujetos a ser presa de las más encendidas pasiones y emociones, lo que dificultaría el control político de los mismos, evidentemente el control se realiza por la vía de la disciplina militar. Cuando la masa combatiente se excita de forma tal, implica necesariamente, según Clausewitz, la existencia de una planificación

20 *Ibidem*, p. 25.

21 *Ibidem*.

general que armonice dicho ímpetu²². Entonces, cuando los ejércitos están prestos para la guerra, o enardecidos, debe haber un plan en manos del jefe militar que canalice dicho ímpetu en aras de alcanzar, finalmente, el objetivo político.

La trilogía de la guerra

Clausewitz identifica que en el escenario donde se presenta el todo de la guerra, y por ende en un Estado-nación, está presente una terna que permite comprender la naturaleza de la guerra. Este triunvirato estaría conformado por «el odio, la enemistad y la violencia primitiva»²³. Según lo descrito, toda guerra debe contener cada uno de estos tres elementos, siendo el primero el odio, el cual es considerado como un impulso natural que hace que el ser humano actúe de manera cegada, violenta. La enemistad contempla la presencia de probabilidades, lo cual libera la guerra de la presencia de emociones, en otras palabras, los resultados que se quieren alcanzar dependen de las probabilidades reales de ganar la contienda y no de los deseos o sentimientos que prevalezcan en los contendores²⁴. Finalmente, la violencia primitiva facilita la concreción del objetivo político, dotando a la guerra como instrumento político subordinado. Por tanto, se requiere del uso o «dominio de la inteligencia pura»²⁵.

Esta trilogía da paso a la conformación de una segunda terna. El odio identificado por Clausewitz estaría asociado directamente a la actuación del pueblo. La enemistad la relacionó con la actuación del jefe castrense y su tropa. La violencia primitiva, entonces, sería una facultad a plena disposición del gobierno²⁶, que a su vez es el creador del objetivo político. El uso de la

22 *Ibidem*.

23 *Ibidem*, p. 26.

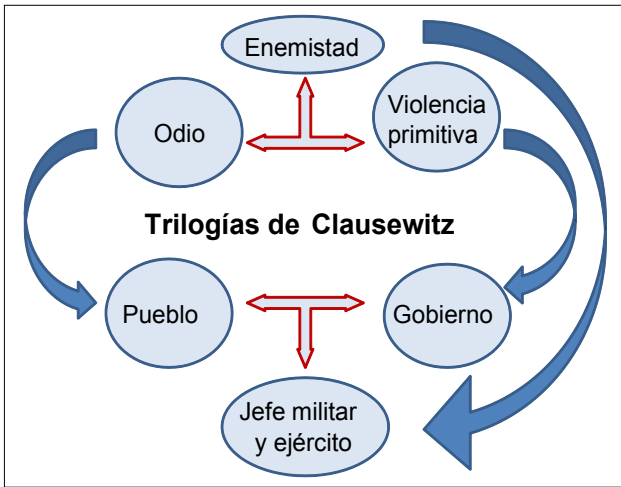
24 Ver figura N.º 1.

25 Clausewitz, *op. cit.*, p. 26.

26 *Ibidem*.

inteligencia indicado en el párrafo anterior debería ser capaz de poder sincronizar esta trilogía. Por tanto se hace necesario engranar los sentimientos del pueblo, a través de acciones de valor y talento del jefe militar y su ejército, que haciendo uso de la violencia primitiva que le es cedida por el gobierno, que a su vez dirige dicho ejército mediante, con el propósito de alcanzar un objetivo político, en el ámbito internacional²⁷.

Figura N.º 1
Trilogías de la guerra según Clausewitz



Fuente: Clausewitz, *De la guerra*, p. 26.

El fin y los medios de la guerra

Cualquier confrontación bélica se inicia gracias a la existencia de un objetivo político. En ese sentido, el libro *De la guerra* señala que es necesario considerar la diversidad de objetivos políticos que puedan encender la llama de la guerra entre dos Estados²⁸.

27 Ver Clausewitz, «Libro teoría de la guerra», *op. cit.*

28 *Ibidem*, p. 32.

Se ha elaborado un esquema en la figura N.º 2, denominado «El fin y los medios de la guerra según Clausewitz», en el cual se representa teóricamente la existencia inicial de un objetivo político, como se ha definido previamente. La guerra es solamente un instrumento más para que un Estado pueda alcanzar dicho objetivo político. Este instrumento — la guerra— debe considerar: fuerzas militares, territorio y la voluntad del enemigo, con el fin último de alcanzar la paz mediante un acuerdo entre los contendientes.

Ahora bien, el filósofo también señala que el orden de la guerra debería ser el indicado en la figura N.º 2, a saber: destrucción de las fuerzas militares enemigas, toma del territorio y finalmente vencer la voluntad del enemigo. Sin embargo, nos advierte Clausewitz que «este orden no es de ningún modo indispensable y no siempre sucede así»²⁹.

Considerando esta aclaratoria se puede indicar por ejemplo, que un ejército dará inicio a una guerra, o una campaña bélica, tratando de quebrar la voluntad del enemigo o disminuyendo su moral. No necesariamente se cumple con la sucesión previamente establecida, también es posible observar variaciones en el orden en que sucedan dichos eventos.

La guerra implica el uso de la fuerza violenta para hacer que el enemigo haga nuestra voluntad. Por tanto, se requiere derrotar o desarmar al enemigo³⁰. Es por ello que los jefes de Estado para alcanzar un objetivo político, deberán manejar acertadamente³¹ los conceptos de «fuerzas militares, territorio y la voluntad del enemigo»³².

Las fuerzas militares contrarias, en consecuencia, deberán ser destruidas en su totalidad o llevadas a una situación de

29 *Ibidem*, p. 26.

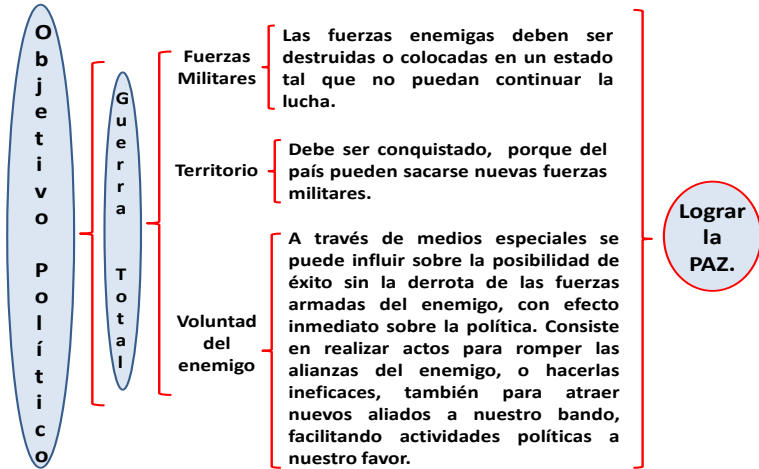
30 *Ibidem*.

31 Ver figura N.º2

32 Clausewitz, *De la guerra, op. cit.*, p. 26.

manera tal que se impida a dichas fuerzas militares avancen en la confrontación³³.

Figura N.º 2
El fin y los medios de la guerra según Clausewitz



Fuente: Clausewitz, *De la guerra*, p. 27 y 29.

Sin embargo, a pesar de esta apreciación teórica indicada por el filósofo, igualmente señala que no es necesaria la aniquilación total o el desarme del enemigo para alcanzar la paz. «Existen innumerables ejemplos de tratados de paz que han sido concluidos antes de que cualquiera de los dos bandos pudiera considerarse desarmado y aun antes de que el equilibrio de fuerzas hubiera sido alterado en forma más o menos evidente»³⁴. Es posible que se hagan ejercicios para demostrar fuerzas, ferocidad y capacidad de destrucción ante el oponente, con el fin de que este desista de sus intenciones de hacer frente, de oponer resistencia, obligándolo de esa manera a lograr una rendición honorable, alcanzando ambas partes la

33 *Ibidem.*

34 *Ibidem*, p. 28.

tan anhelada paz y con ella lograr, evidentemente, el objetivo político de uno de los bandos.

En relación con la ocupación del territorio, un ejército deberá invadir los espacios físicos del bando contrario, debido a que de este puede obtener «nuevas fuerzas militares»³⁵. Se interpreta que cuando el autor habla de nuevas fuerzas militares estaría haciendo referencia a bienes físicos que facilitarían la logística, tales como alimentos, medios de transportes, productos manufacturados, espacios para resguardo y protección (dormitorios, hospitales, preparación de comida, talleres), que sin duda alguna brindan un significativo soporte material a las fuerzas que ocupan o invaden los territorios enemigos.

La rendición del adversario pasa obligatoriamente por someter la voluntad del enemigo. Esto quiere decir «hasta que el gobierno y sus aliados sean inducidos a firmar la paz o hasta que el pueblo se someta»³⁶. Según lo expresado en *De la guerra*, para lograr someter la voluntad del enemigo, las naciones confrontadas pueden recurrir a medios o acciones que sin haber derrotado físicamente al ejército enemigo, pudieran tener una incidencia directa sobre la actuación política de los estados beligerantes. En esta categoría se podría incluir cualquier actividad, instrumento o acción iniciada por un Estado beligerante que facilite fraccionar las alianzas del oponente y por consiguiente, logra atraer aliados o lo coloca en una posición favorable ante el contendiente, incrementando las posibilidades de alcanzar el objetivo político establecido, la victoria sobre el contrario mediante el acuerdo de paz.

Los Estados beligerantes que pongan en práctica los elementos descritos en la figura N.º 2, definido el objetivo, pro-

35 *Ibidem*, p. 27.

36 *Ibidem*.

curarán destruir las fuerzas militares contrarias, ocupando el territorio enemigo y doblegando la voluntad del enemigo, culminando finalmente la confrontación una vez alcanzada la paz. Según Clausewitz, existen dos motivos para alcanzar la paz: «Lo improbable del éxito y (...) el precio excesivo a pagar por él»³⁷.

En relación con el primer motivo, lo improbable del éxito, uno de los beligerantes estaría dispuesto a alcanzar un acuerdo de paz cuando, sopesando la realidad de sus fuerzas versus las fuerzas contrarias, determine que es imposible alcanzar el objetivo político fijado inicialmente. Este acuerdo se puede generar aun cuando las fuerzas militares, el estado físico de los recursos de la nación y la población que respaldan a dicho beligerante no hayan sufrido grandes devastaciones. La improbabilidad del éxito, una vez percibido este en uno de los Estados oponentes, será motivo suficiente para querer alcanzar la paz, debiendo someterse a la voluntad de su adversario.

El segundo motivo, el precio excesivo a pagar por la victoria sobre el enemigo, puede orientar a un Estado beligerante a querer alcanzar la paz. Este anhelo inclusive se puede generar si se tuviera la plena convicción de poder derrotar al adversario, dicho Estado querría también alcanzar un acuerdo de paz. A pesar de la posibilidad de poder someter a su oponente, el costo de poder alcanzar el objetivo puede ser elevado no solamente en términos monetarios sino también en relación con los recursos físicos o materiales que se requieren colocar al servicio de la guerra.

Los recursos, desde nuestra perspectiva, son todos aquellos componentes disponibles en una nación: elementos naturales tales como tierras, bosques, aguas continentales y

37 *Ibidem*, p. 28.

marítimas. Otro recurso sería la infraestructura de comunicación, centros urbanos, industriales, de educación, puertos y todos los elementos que permiten el normal desarrollo de las actividades económicas y sociales requeridas por una sociedad. Indiscutiblemente, un costo que incidirá sobre la población, sobre el pueblo, será la cantidad de seres humanos que deberán alistarse para el servicio militar, con el fin último de alcanzar la paz.

Si los hombres en edad productiva deben enfilarse a las acciones bélicas, como ocurre en los campos y fábricas, implicaría una reducción en la producción agrícola y manufacturera, disminuyendo el bienestar de la población civil que no participa en la contienda, también reduciría o mermaría la capacidad de ingresos fiscales de cualquier Estado, y por ende su capacidad de acción política, en los diversos ámbitos en los que normalmente participa el Estado.

DESTRUCCIÓN DEL ENEMIGO MEDIANTE LA FUERZA FÍSICA Y LA FUERZA MORAL

Revisando la figura N.º 2, donde se identifican las fuerzas militares, el territorio y la voluntad del enemigo, podemos señalar que la destrucción del adversario mediante la aplicación de la fuerza, correspondería a las dos primeras. Mientras la destrucción del enemigo a través de la fuerza moral incidiría directamente sobre la voluntad de aquél.

Cuando Clausewitz hace referencia a la destrucción del enemigo, precisa que «no estamos obligados a limitar esta idea a la simple fuerza física. Por el contrario, la fuerza moral aparece del mismo modo implícita necesariamente, (...) ambas están entretreídas hasta en los menores detalles y en consecuencia, no pueden ser separadas»³⁸.

38 *Ibidem*, p. 35.

La destrucción del enemigo pasa entonces por la destrucción física del mismo a través de la aplicación de la fuerza. Sin embargo, la destrucción del enemigo se lograría también mediante la aplicación de la fuerza moral. Esta fuerza moral, según nuestra interpretación, consistiría en reducir la capacidad de acción del bando contrario, mediante el debilitamiento de la voluntad de los combatientes enemigos o sus aliados a presentar enfrentamiento a sus contrarios³⁹.

La destrucción del enemigo mediante la fuerza moral pasaría por generar una o varias acciones que impacten en el bando contrario, en la mayoría de sus miembros, quienes estarían inducidos a obrar en función del bien o del mal, o según nuestra consideración, sobre la vida o la muerte de cada combatiente. Esta acción o medida, que no es una acción física, va dirigida a crear en la percepción del adversario, en cada uno de los miembros y en el colectivo, que corren peligro, que este viene por otra vía que no es la acción bélica, es un peligro al cual no se puede hacer frente directamente mediante el uso de las armas. Este accionar procura no solamente debilitar la actitud de un ejército y sus combatientes, también procura encontrar eco en la dirigencia política como en sus aliados políticos y militares.

El genio para la guerra

Una actividad tan específica como la guerra requiere de «cualidades especiales de inteligencia y de temperamento»⁴⁰. De

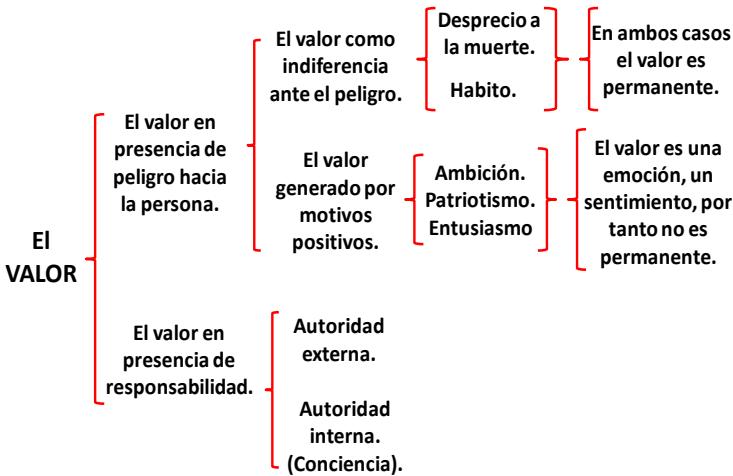
39 Por ello se ha consultado el diccionario de la Real Academia Española, sobre la concepción que actualmente se tiene sobre moral, tomando para este particular su primera acepción: «Pertenciente o relativo a las acciones de las personas, desde el punto de vista de su obrar en relación con el bien o el mal y en función de su vida individual y, sobre todo, colectiva». Real Academia Española (s.f.), «Moral», en: *Diccionario de la Lengua Española*, Recuperado en: 16-08-2018, de: <http://dle.rae.es/?id=Pm2wZfs|Pm4ASgI>.

40 Clausewitz, *op. cit.*, p. 38.

esta manera Clausewitz inicia sus consideraciones en torno a las características que debe poseer un líder militar, un genio, que le permita ver soluciones donde los demás solo ven oscuridad. Un genio militar es el que mediante fuerzas mentales y morales es capaz de conducir a su ejército y a su nación al logro del objetivo político.

Consideraba Clausewitz que entre los pueblos pocos civilizados o semisalvajes no era posible encontrar a un *gran general*, igual era difícil encontrar en estos pueblos lo que denominó *genio militar*. Esto se debe a que tal genio requiere el desarrollo de fuerzas intelectuales que solo sería posible desarrollar en una nación civilizada⁴¹.

Figura N.º 3
El valor como primera cualidad del combatiente



Fuente: Clausewitz, *De la guerra*, p. 39-40.

El valor es una de las primeras cualidades que debe tener un combatiente y por ende, un jefe guerrero al que se le considere como genio militar. Existen dos tipos de valor, el

41 Clausewitz, *op. cit.*, p. 39.

primero es cuando se está en presencia de peligro hacia la persona y el segundo cuando se está en presencia de responsabilidad más allá del ámbito físico del combatiente.

Con estas características de valor, presentados en la figura N.º 3, un hombre ya puede ser considerado como apto para la guerra. Estas cualidades eran comunes entre los pueblos salvajes y semicivilizados, indicaba Clausewitz. Sin embargo, esta cualidad de valor no era suficiente para llevar a cabo la guerra, era necesario también poseer suficientes condiciones intelectuales⁴² en la clase dirigente tanto políticos como militares para llevar a cabo la guerra.

La guerra implica incertidumbre; tres cuartas partes de las cosas sobre las cuales se basa la acción en la guerra, yacen ocultas en la bruma de una incertidumbre más o menos grande. En consecuencia, es necesaria aquí, antes que nada, una inteligencia fina y penetrante, que perciba la verdad con juicio intuitivo⁴³.

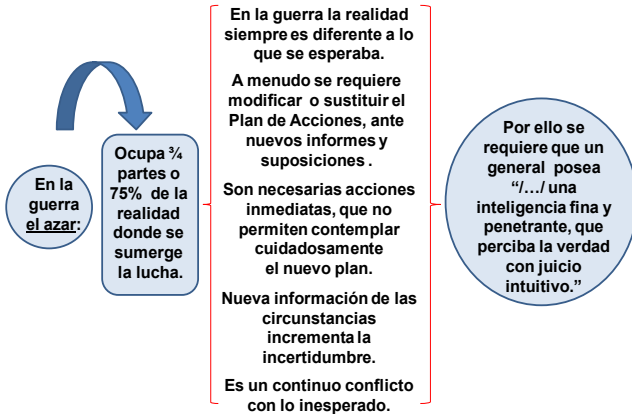
La determinación surge como un acto de la inteligencia, evidenciando la necesidad de audacia y, por ende, determinando la voluntad del comandante. La voluntad es capaz de conquistar todos los temores del hombre, incluyendo la irresolución o la vacilación. La determinación dota al jefe militar de valor para asumir las responsabilidades, más allá del peligro físico que pone en riesgo su integridad física, es asumir el peligro moral de tomar una decisión acertada o no⁴⁴.

42 *Ibidem*, p. 40.

43 *Ibidem*.

44 Ver figura N.º 6.

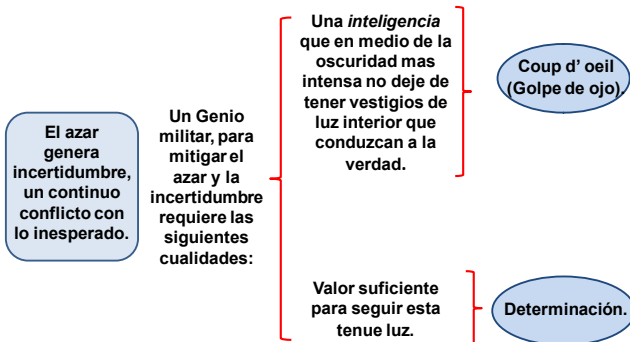
Figura N.º 4
El azar y la incertidumbre



Fuente: : Clausewitz, De la guerra, p. 40.

Por estas razones es que Clausewitz señala que los seres humanos con escaso desarrollo de la actividad intelectual, hombres con escasa inteligencia, no podrán ser jamás en sus vidas decididos⁴⁵, ya que están dominados por la irresolución y la vacilación.

Figura N.º 5
El genio militar, el azar, la incertidumbre y la determinación

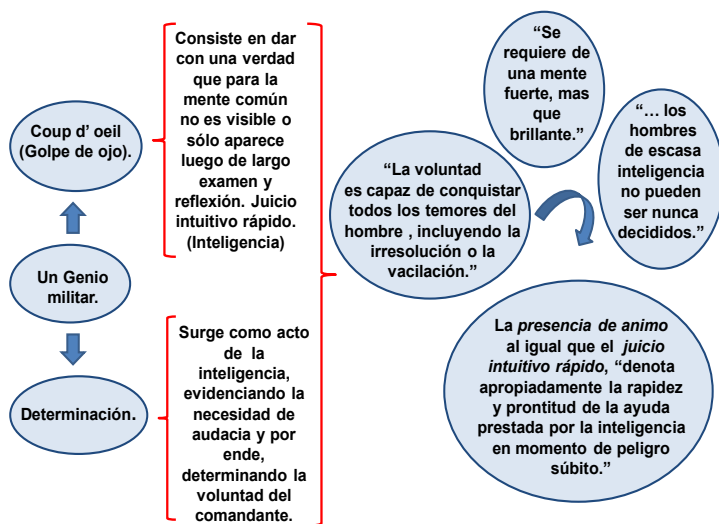


Fuente: Clausewitz, De la guerra, p. 40-41.

45 Clausewitz, *op. cit.*, p. 41.

No solamente el valor, la inteligencia y la determinación facilitan la actuación de un gran general, un genio militar, en el fragor de la contienda. También en todos los combatientes aparecen sentimientos como el amor a la patria, la devoción hacia una idea (ideales), venganza, o entusiasmo por cualquier motivo que estimulan al hombre el avance en la contienda⁴⁶. Pero más poderosos y constantes que estos sentimientos, según Clausewitz, son «la sed de honores y de fama»⁴⁷ los que realmente guían la actuación del líder guerrero, traduciendo-se esto en «insostenibles afrentas para la especie humana»⁴⁸.

Figura N.º 6
El azar y la incertidumbre



Fuente: Clausewitz, *De la guerra*, p. 41.

Un genio militar, según Clausewitz, es aquel líder capaz de sobresalir cuando ocupa el cargo de general en jefe⁴⁹. Un

46 *Ibidem*, p. 45.

47 *Ibidem*, p. 44.

48 *Ibidem*.

49 *Ibidem*, p. 52.

general en jefe demanda mayores cualidades mentales y morales. Es necesario que el líder militar, el que orienta el camino a seguir en medio de la guerra hasta alcanzar el objetivo político, sea capaz de vislumbrar las relaciones entre política de Estado, teniendo que asumir, finalmente, acciones de un líder político, un estadista:

Dirigir la guerra o sus grandes acciones, llamadas campañas, hasta un fin brillante, requiere perspicacia aguzada para comprender la política del Estado en sus relaciones más elevadas. Coinciden aquí la conducción de la guerra y la política del Estado, y el general se convierte al mismo tiempo en estadista⁵⁰.

A esta conclusión llega Clausewitz debido a que un general debe ser capaz de intuir mediante una rápida mirada todas las condiciones políticas que inciden en el proceso bélico, además debe ser capaz de percibir exactamente cuáles objetivos puede alcanzar, con los medios que para ese momento dispone, por lo que deberá apelar constantemente al sentido de la unidad y el juicio⁵¹.

(...) en tiempo de guerra preferiríamos confiar el bienestar de nuestros hermanos e hijos y el honor y seguridad de nuestro país, más a las mentes investigadoras que a las creadoras, más a las mentes amplias que a las que persiguen una sola línea especial, más a las cabezas serenas que a las fogosas y vehementes⁵².

Incidencia de las fuerzas morales en el desarrollo de la guerra

Entre los elementos estratégicos fundamentales descritos por Clausewitz en el desarrollo de la guerra, figuran los elementos

50 *Ibidem*.

51 *Ibidem*, p. 53.

52 *Ibidem*, p. 54.

morales, físicos, matemáticos geográficos y estadísticos⁵³. El primero de estos elementos correspondería a los efectos mentales y morales que inciden en la tropa y el líder o general. A este elemento el autor le asigna suma importancia, ya que el mismo incide en esa voluntad que hace que los hombres de menor y mayor rango, se compacten en una unidad de fuerza, guiándola en el devenir del conflicto armado contra el enemigo⁵⁴.

El estado de ánimo que prevalece entre la tropa, en su líder o su gobierno, incluso la opinión pública, se ve afectado por una victoria o derrota en sus filas. Esta influencia puede generar efectos impredecibles en el cuerpo armado, en la población⁵⁵. Los efectos generados por una derrota o una victoria van unidos o íntimamente interrelacionados con las fuerzas morales, según el autor, es una relación de causa-efecto, «mitad físicos, mitad morales (...) lo físico no es casi nada más que el mango de madera mientras que lo moral es el metal noble, la verdadera arma, brillantemente pulida»⁵⁶.

Con estas palabras, se puede deducir que el autor asigna a los aspectos morales una importancia fundamental. Un ejército estará mejor preparado para la contienda en la medida en que la fuerza moral, en que la tropa perciba un ambiente favorable, esta confianza sería abonada constantemente por el general. La buena salud mental, entendiendo esta como la percepción positiva entre la tropa sobre el entorno, sobre la posibilidad de triunfo real, debería ser una constante. No importa las adversidades, las limitaciones materiales o condiciones ambientales, todas serán superadas si el cuerpo militar está plenamente convencido de que así efectivamente será, si mantiene una actitud positiva frente al enemigo. Es una

53 *Ibidem*, p. 127.

54 *Ibidem.*, p. 128.

55 *Ibidem*.

56 *Ibidem*, p. 129.

actividad mental que debería ser considerada por cualquier jefe militar.

Retirada hacia el interior del país

Una estrategia de defensa presentada por Clausewitz ante el ataque de un enemigo externo consiste en la retirada voluntaria de las fuerzas militares al interior del país. Fue considerada como una estrategia especial de defensa indirecta «mediante la cual se espera que el enemigo sea destruido, no tanto por la espada, como sí por el agotamiento debido a sus propios esfuerzos»⁵⁷.

Ante un ataque de fuerzas militares desde el exterior, una estrategia de defensa consistiría en retirar voluntariamente las fuerzas militares nacionales hacia la parte más interna del país, con el único objetivo de que el mismo ejército invasor se vea agobiado por el exceso de esfuerzos requeridos para mantenerse activo en terreno hostil, con la población civil en contra, desconociendo el territorio, encontrando solo devastación y destrucción en su estrategia de ataque e invasión. Esta forma de defensa no prevé, indica Clausewitz, un enfrentamiento definitivo, una gran batalla⁵⁸, no. En su avance, el agresor se ve reducido cada vez que avanza hacia el interior del país ocupado.

Un ejército que retrocede sufre inevitablemente una baja de la moral de sus hombres, aun cuando esta actividad haya sido planificada. En contrapartida, el ejército que ejecuta la persecución inicialmente lo hace con gran prudencia, tratando de reconocer cuál será la mejor ruta de ataque, ganando mayor confianza y, por tanto, mayor moral entre cada uno de los miembros del ejército que invade. Esto se traduce en que

57 *Ibidem*, p. 427.

58 *Ibidem*.

dicho ejército avanzará con mayor firmeza, motorizado por una mayor moral que da los primeros triunfos de la invasión⁵⁹.

Es evidente, indica el autor, que el ejército en retirada recibe refuerzos constantemente, es más, el bando que retrocede cuenta con recursos materiales en abundancia (provisiones de todo tipo) mientras el ocupante solo encuentra escasos recursos materiales con lo que se le dificulta saciar sus necesidades básicas (alimentos, refugio), y por ello deberá transportar a lo largo del territorio ocupado toda clase provisiones y alimentos.

En la retirada, el cuerpo que huye hará uso y dispondrá a su antojo de estos recursos, que probablemente sean suministrados por la población civil, simultáneamente irá destruyendo estos recursos para que el invasor posteriormente no pueda hacer uso de ellos. En la medida en que el ejército ocupante avanza encontraría solo pueblos y ciudades en ruinas, campos destruidos y cosechas arrasadas⁶⁰. El ejército ocupante sigue su avance, cada vez más difícil por la hostilidad de la población —según nuestra consideración— por la escasez de recursos, por la dificultad de mantener los suministros de provisiones y armamento. Puede darse el caso de que se presente una gran batalla en el interior del territorio ocupado y el ejército invasor logre una victoria; sin embargo, es probable que este mismo ejército ya no pueda continuar el avance, por el contrario, lo más probable es que inicie una retirada hacia su propio territorio, indica el autor⁶¹.

Finalmente, señala Clausewitz que este tipo de defensa implica grandes pérdidas materiales para la nación, pero lo más difícil de superar es la debacle moral tanto en la población civil como en el cuerpo armado en general si el ejército invasor no retrocediera.

59 *Ibidem*, p. 429.

60 *Ibidem*.

61 *Ibidem*, p. 430.

La nación en armas

Para el periodo en que el autor escribe *De la guerra*, Europa había experimentado diferentes guerras a las que se incorporaban grandes masas de población con bajo nivel de formación militar pero que, sin embargo, incidieron en el resultado de los enfrentamientos. Es por ello que Clausewitz indica que la guerra del pueblo es desarrollada fundamentalmente en el siglo XIX, en la Europa civilizada⁶². El autor considera la guerra del pueblo no solamente «como un medio de lucha»⁶³ sino más bien, para ese momento histórico, «la violencia elemental de la guerra que ha roto sus antiguas barreras artificiales; por consiguiente, como una expansión y un fortalecimiento de todo el fermento que llamamos guerra»⁶⁴.

Quería decir Clausewitz que la guerra hasta el momento histórico que le correspondió vivir era desarrollada básicamente por cuerpos militares, donde los pueblos simplemente realizaban sus actividades cotidianas a espaldas del conflicto. Sin embargo, hace notar que esta forma de ver la guerra es la que está encerrada por una barrera artificial. Esta situación cambia a principios del siglo XIX, debido a que el pueblo también toma parte en el enfrentamiento, haciendo que esta actividad humana, la guerra, se potencie e incremente en cuanto a capacidad destructiva.

Clausewitz hace las siguientes preguntas: ¿cuál es la influencia que puede tener esa resistencia? y, ¿cuáles son sus condiciones y cómo ha de ser usada? Inmediatamente responde, un pueblo en armas no debería ser empleado en grandes campañas que requieran gran concentración en el espacio durante largos periodos. Un pueblo en armas —consideramos

62 *Ibidem*, p. 438.

63 *Ibidem*, p. 439.

64 *Ibidem*.

con base en lo expuesto por el autor— tiene como función la destrucción de la base material y moral del ejército enemigo, no mediante un enfrentamiento directo, sino más bien a través de acciones que obliguen al enemigo a desalojar el territorio ocupado o invadido, antes de que ese enemigo (pueblo en armas) lo destruya definitivamente. Evidentemente esta guerra del pueblo en armas debe ir en simultáneo con las acciones del ejército regular, atendiendo un plan general para llevar a cabo la guerra.

La guerra del pueblo funciona si se desarrolla bajo ciertas condiciones. En primer lugar, la confrontación bélica debería desarrollarse en el interior del país. En segundo término, una acción de destrucción (una batalla) no debería decidir el fin de la guerra. Esta guerra del pueblo debería ser aplicada en una gran extensión del territorio nacional. Se requiere que el carácter o sentimiento nacional apoye las medidas de guerra contra el enemigo. El escenario ideal para el desarrollo de esta guerra del pueblo debería ser inaccesible al enemigo, en un espacio geográfico en el que prevalece la región montañosa, bosques o pantanos⁶⁵.

También es necesario que el escenario de la guerra donde participa el pueblo esté totalmente ocupado por pueblos, aldeas y pequeñas ciudades, y que las distancias entre estos centros poblados sea mínima. Esta ocupación del espacio facilita que el pueblo en armas intervenga en la destrucción de los caminos, dificulta la instalación de los campamentos donde pernocharía la tropa, generando un ambiente de inseguridad y resquemor entre los soldados y oficiales del ejército contrario al pueblo, «el espíritu de resistencia existe en todas partes, pero no es tangible en ninguna»⁶⁶.

65 *Ibidem*, p. 440.

66 *Ibidem*.

Como se indicó previamente, no se debe emplear a estas fuerzas del pueblo organizado directamente contra las fuerzas principales del ejército enemigo. Lo que sí debe estimularse es el asedio y la apropiación de las líneas de comunicaciones, echando abajo el hilo vital que mantiene al ejército ocupante con el comando principal, ubicado fuera de las fronteras que ocupa. El pueblo en armas nunca deberá prestar un enfrentamiento directo con el enemigo. Sin embargo, estas fuerzas irregulares son de suma importancia en la defensa de pasos de montañas, puentes, cruce de ríos, diques. Una vez que las mismas se vean disminuidas o exista el peligro de destrucción por el ataque del enemigo, será necesario que estas fuerzas del pueblo se retiren rápidamente del lugar que protegen, procurando resguardo. Reorganizadas de nuevo, deberán continuar la defensa mediante ataques sorpresivos⁶⁷.

La organización del pueblo se realizaría mediante el envío de pequeños destacamentos de tropa regular para dar una organización básica, estimulando su participación, generando confianza entre los nuevos reclutas al hacer uso de las armas. En la medida en que la tropa regular enviada para la organización sea más fuerte, organizada y disciplinada, mayor será el efecto de atracción que se ejerce sobre las masas populares y mayor será el efecto de hostilidad que se ejercerá sobre el enemigo.

Otra función que le asigna Clausewitz a la organización del pueblo en armas es que este debe ser capaz de suministrar espacios seguros para el descanso de la tropa regular, medios de transporte y otras contribuciones, probablemente alimentos. Esto último no queda implícitamente indicado, pero se deja entrever la necesidad de estos suministros por parte de las fuerzas irregulares hacia las fuerzas regulares.

67 *Ibidem*, p. 443.

Simón Bolívar y el ambiente militar en el que se formó

El ejército español de mediados del siglo XVIII

El ejército español de mediados del siglo XVIII que hacía vida en las colonias de América Meridional, conocido también por las autoridades españolas como Ejército de América, tenía como fin dos misiones fundamentales: la primera consistía en mantener los contingentes militares operativos, capaces de defender los territorios coloniales de eventuales ataques de potencias europeas, y en segundo lugar, dicho ejército debía garantizar el cumplimiento de lo dispuesto por la autoridad real, en otras palabras representaba directamente la autoridad del rey de España en las colonias⁶⁸.

SISTEMA DEFENSIVO DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS EN AMÉRICA

El siglo XVIII estuvo dominado por la idea de que el progreso se alcanzaba gracias a la razón. Esto, según Allan J.

68 Juan Marchena Fernández, *De uniformes y laberintos, la generación militar de Simón Bolívar (1777-1810)*, Caracas, Boletín de la Academia Nacional de la Historia, p. 142.

Kuethe, era producto de la Ilustración que se imponía en el pensamiento europeo⁶⁹. Cualquier obstáculo o progreso de la humanidad debía ser superado por gobernantes ilustrados, o en su defecto, estos se apoyarían en ministros ilustrados. En España, es Carlos III quien mejor representa esta idea de un gobierno eficaz, capaz de resolver los problemas del pueblo, tanto en España como en América, asumiendo una postura de monarca ilustrado. Este monarca borbón inició su mandato desde diciembre de 1759 hasta 1788⁷⁰.

Para cuando Carlos III inicia su reinado, Inglaterra era la reina de los mares, y poco podían hacer España y su monarca para cambiar esa realidad. El reino de España extendía sus dominios en América desde Luisiana hasta California, en Norteamérica, y llegaba hasta la Tierra del Fuego, en el extremo meridional de América del Sur⁷¹. Hasta ese momento, en el pensamiento político de los monarcas españoles prevalecía un sistema defensivo para la protección de las colonias ultramarinas. Este sistema era una herencia del monarca Felipe II⁷², el cual era percibido como deficiente hasta ese momento. Este sistema defensivo contemplaba que los barcos y navíos no debían entrar a combatir las fuerzas atacantes, por temor a su destrucción.

Desde los tiempos de Felipe II, dicho sistema defensivo, que Andrés Farfán denomina Muro Infranqueable, consistía en el refuerzo (consideramos que era el refuerzo de las fortificaciones), que se iniciaba en La Florida, pasando por las Antillas Mayores hasta Caracas⁷³, creando de esta manera una

69 Allan J. Kuethe y Juan Marchena Fernández, *Soldados del rey, el ejército borbónico en América colonial en vísperas de la Independencia*, España, Universidad de Jaume I, 2005, p. 19.

70 *Ibidem*.

71 *Ibidem*, p. 24.

72 Andrés Farfán Castillo, *Milicias y milicias disciplinadas del Virreinato de la Nueva Granada. La configuración de la defensa y la seguridad durante la segunda mitad del siglo XVI-II*, [Tesis de licenciatura no publicada], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, p. 27.

73 *Ibidem*, p. 28.

barrera que impedía el ingreso al mar Caribe de embarcaciones enemigas, con el fin de brindar tranquilidad a las colonias hispánicas. En 1670 Jamaica cae en manos de los ingleses, quienes ahora pueden navegar por el Caribe con tropas y navíos de guerra, lo que hace vulnerable dicho muro. Para el año 1672 La Habana es asediada por los ingleses, quienes finalmente la toman, despojando a España del control político y económico sobre la isla⁷⁴. Informa Allan J. Kuethe, que los ingleses tomaron la mayor de las Antillas con catorce mil hombres mientras que los puestos militares de La Habana contaban con tan solo dos mil trescientos soldados. A las debilidades del sistema defensivo de las colonias españolas en la América Meridional se sumaban los elevados costos de construcción naval y de mantenimiento de las fortificaciones.

Fernando Falcón indica en *El cadete de los valles de Aragua* que el sistema defensivo también era conocido bajo el concepto de *Llaves*, manejado en el lenguaje militar del siglo XVIII. Consistía en una plaza o fortaleza ubicada en la frontera de un territorio, que una vez tomada por el enemigo, permitía la ocupación del territorio por este. Era una localización frágil, que incidía en la seguridad de un país o un pequeño territorio. Esta llave era importante tanto para la defensiva como para la ofensiva⁷⁵. La llave se agrupaba en torno a una fortificación o cadena de estas, servida por una guarnición de tropa, que por lo general era europea. Estaban equipadas con artillería que era capaz de hacer frente a flotas y embarcaciones enemigas, así como con toda la dotación de la logística para aguantar un prolongado sitio o asedio. Los cuerpos milicianos se organizaban en torno a

74 A. Kuethe, *Soldados del rey, el ejército borbónico en América colonial en vísperas de la Independencia*, op. cit. p. 24.

75 Fernando Falcón, *El cadete de los valles de Aragua*, Caracas, Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, p. 31.

dicha fortificación con el fin de reforzar las tropas veteranas y el sistema de defensa⁷⁶.

El sistema de Llaves se estableció en la costa atlántica, iniciando desde el golfo de México hasta la isla de Trinidad. Se conocieron llaves principales y secundarias. Entre las primeras se destacan la Llave del Perú, como se conocía a Cartagena de Indias; la Llave del Nuevo Mundo, como era conocida Cuba; y la Llave de Puerto Rico, también conocida como la llave de Las Antillas. Como llaves secundarias se tenían a Trinidad, Cumaná, La Guaira, Puerto Cabello, Maracaibo, Portobelo, Veracruz y Pensacola, según indica Falcón.

Las autoridades reales peninsulares, bajo el mando de Carlos III, requerían mantener en las colonias de América Meridional una guarnición numerosa. Sin embargo, la península no podía enviar estos contingentes desde la metrópolis, debido a que la situación política europea requería que España reorganizara su débil ejército, con el cual hacer frente a naciones rivales. Por último, los bajos ingresos fiscales de la Corona incidían en la capacidad financiera, que impedía mantener un numeroso ejército del otro lado del Atlántico, en las colonias⁷⁷.

De lo anterior, deducimos que para las autoridades reales españolas era difícil, en términos económicos, incrementar la producción de la flota defensiva así como el mantenimiento de un numeroso ejército de origen peninsular. Aunado a esto, la probada ineficacia de las fortificaciones fijas, indujeron a Carlos III a llevar a cabo las reformas —conocidas también como las reformas borbónicas— para el mejor control y desempeño de la autoridad real en las colonias americanas. Partes de estas reformas consistieron en instaurar cuerpos de milicias disciplinadas, tomando a los nacidos en las colonias

76 *Ibidem*, p. 32.

77 *Ibidem*, p. 35.

españolas en América como los efectivos militares que prestarían apoyo a las tropas veteranas.

LAS REFORMAS BORBÓNICAS SOBRE LAS MILICIAS

A objeto de organizar estas milicias en las colonias españolas en América, parte de Cádiz una comisión encabezada por don Ambrosio Funes de Villapando, conde de Ricla, en compañía del mariscal de campo Alejandro O'Reilly⁷⁸. También los acompañaba un grupo de jóvenes oficiales del real ejército español. Los comisionados debían organizar un nuevo sistema defensivo, reparar las fortificaciones y elaborar las reformas sobre las tropas regulares y organizar las milicias. Esta comisión entra en acción una vez que la isla de Cuba es devuelta a España por parte de los ingleses, luego del acuerdo de paz en París, en 1763⁷⁹.

Originalmente el servicio militar obligatorio ante la corona española, en las colonias de América, se organizó bajo la forma de milicias. Este servicio se aplicó principalmente a los encomenderos a los que se les fueron incorporando, con el paso del tiempo, la totalidad de vecinos, habitantes de las ciudades y villas,⁸⁰ con el fin de asegurar lealtad al rey y brindar protección a los espacios urbanos y periféricos.

Se conocieron dos tipos de milicias a partir del siglo XVII, las urbanas o sueltas, destinadas a pueblos, ciudades y puertos, y las milicias rurales que habitaban en las regiones fronterizas. Las primeras estaban integradas por vecinos y los gremios que hacían vida en la ciudad, mientras que las segundas eran integradas por los encomenderos, sus peones y los indios encomendados, así como los dueños de haciendas, peones y

78 A. Castillo, *op. cit.*, p. 35.

79 F. Falcón, *op. cit.*, p. 30.

80 A. Castillo, *op. cit.*, p. 20.

sus hijos⁸¹. También se conocieron las milicias de los pardos, mestizos, mulatos y morenos con una participación significativa en dicha milicia, el único requisito para ser incorporados a estas era el de ser hombres libres. En todas las modalidades, los milicianos no devengaban sueldos. Las autoridades reales procuraron que los mandos de las milicias estuvieran en manos de blancos peninsulares, sin embargo esta disposición no siempre se pudo cumplir dado los pocos oficiales que contaban con esa condición.

La organización de las milicias, promovidas por el borbón Carlos III después de 1763, implicaba armar a los súbditos americanos. Esta organización fue encargada al conde de Rícla, y al mariscal de campo O'Reilly. Las nuevas milicias fueron conocidas como las milicias disciplinadas⁸². En estas se listaron los americanos, quienes fueron dotados de uniformes y equipamiento, esos efectivos se convirtieron en soldados de infantería y caballería, los que conformaron batallones y regimientos estandarizados.

El entrenamiento era dirigido por oficiales y soldados del ejército regular, siendo la aristocracia de las colonias la que controlaba el mando en las milicias disciplinadas. Las prácticas por lo general se hacían los días domingos, después de la misa. Los inscritos voluntariamente no recibían pago por el servicio como miliciano mientras no se encontrara en movimiento ni hubiese amenazas que repeler; en caso contrario, sí les correspondía percibir una remuneración. De igual forma se autorizó conceder una serie de prebendas y beneficios a cada miliciano, conocidos como fuero militar,⁸³ privilegio del que solo disfrutaba el miliciano proveniente de la nobleza⁸⁴.

81 *Ibidem*, p. 21.

82 A. Kuethe, *op. cit.*, p. 24.

83 *Ibidem*, p. 25.

84 F. Falcón, *op. cit.*, p. 43.

LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO REAL ESPAÑOL SEGÚN
CARLOS III Y SU INCIDENCIA EN LA CONFORMACIÓN DE
LAS MILICIAS REGLADAS O DISCIPLINADAS EN TIERRA FIRME

El ejército real español se organizó según las *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus ejércitos*, publicadas en Madrid en 1768. El rey Carlos III estableció como base de su ejército al Regimiento de Infantería, conformando el Regimiento de Caballería y el Regimiento de Dragones.

El Regimiento de Infantería estaría conformado por dos o tres batallones. Cada batallón se constituiría a su vez por nueve compañías: ocho de fusileros y una de granaderos⁸⁵. Cada compañía de granaderos estaría dirigida por un capitán, asistido por un teniente y un subteniente. Además cada compañía contaría con un sargento de primera clase y otro de segunda, un tambor, tres primeros cabos y tres de segunda, para finalmente garantizar la disciplina militar de cincuenta y cuatro granaderos.

Las compañías de fusileros estaban conformadas por un capitán, lo asistía un teniente y un subteniente. A cada compañía le sería asignado un sargento de primera clase y dos de segunda, dos tambores, cuatro primeros cabos y cuatro cabos de segunda, que mantendrían la disciplina de sesenta y cuatro soldados fusileros⁸⁶.

La plana mayor se ubicaría en el primer batallón, la cual estaría conformada por un coronel, un sargento mayor, un ayudante mayor, dos subtenientes de banderas, un capellán, un cirujano, un cabo y seis gastadores, un maestro armero, un tambor mayor y dos pífanos. Aun cuando se ubicaría esta

85 Carlos III, *Ordenanzas de S.M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus ejércitos*, Madrid, Secretaría del Despacho Universal de la Guerra, p. 2

86 *Ibidem*.

plana mayor en el primer batallón, el coronel⁸⁷ no tendría asignada a su mando ninguna compañía⁸⁸.

En relación con los Regimientos de Caballería, los mismos estarían conformados por cuatro escuadrones, conteniendo cada uno tres compañías. A cada compañía se le asignaría un capitán, un teniente, un alférez, dos sargentos, cuatro cabos, cuatro carabineros con veintinueve soldados montados y tres soldados de a pie. Estos últimos tendrían la misma consideración militar que los montados⁸⁹.

La plana mayor del Regimiento de Caballería estaba integrada por un coronel y un teniente coronel, los cuales comandarían cada uno una compañía. Un sargento mayor, dos ayudantes, cuatro portaestandarte, un capellán, un cirujano, un mariscal mayor, un timbalero y doce trompetas (una por compañía) terminarían de conformar esta plana mayor⁹⁰.

El Regimiento de Dragones estaría integrado por cuatro escuadrones que a su vez contendrían tres compañías. Cada compañía era regida por un capitán, un teniente, un alférez, dos sargentos, un tambor, cuatro cabos, cuatro granaderos con veintinueve soldados montados y tres soldados de a pie. Estos últimos tendrían la misma consideración, reconocimiento y respeto que los montados⁹¹.

La plana mayor del Regimiento de Dragones estaba integrada por un coronel y un teniente coronel, los cuales comandarían cada uno una compañía. Un sargento mayor, dos ayudantes, cuatro portaguiones, un capellán, un cirujano, un tambor mayor montado, cuatro obuses y un mariscal mayor montado terminarían de conformar esta división⁹².

87 Ver cuadro N.º 1.

88 Carlos III, *op. cit.*, p. 3

89 *Ibidem*, p. 12

90 Ver cuadro N.º 2.

91 *Ibidem*, p. 13

92 Ver cuadro N.º 3.

El rey Carlos III, en sus *Ordenanzas para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus ejércitos*, se aseguraba que el cuerpo armado sería el brazo ejecutor de la política y el gobierno que el monarca ejercía sobre los territorios que conformaban su reino, tanto en la metrópolis como en territorios ultramarinos. En estas ordenanzas se indicaba el orden interno de los oficiales y soldados que integraban el ejército real español.

La falta más grave a la que incurría un oficial o soldado era precisamente no dar cumplimiento a estas ordenanzas, así como contrariar las órdenes emanadas por sus superiores,⁹³ asegurando un severo castigo para el oficial que no diera cumplimiento a dichas ordenanzas. «Todo servicio en paz y en guerra se hará con igual puntualidad, y desvelo, que al frente del Enemigo»⁹⁴. Todo oficial era responsable, desde su puesto, de la vigilancia de la tropa, que debía dar cumplimiento a las órdenes particulares como a las generales descritas en las ordenanzas.

De igual forma, cualquier oficial, sin importar su graduación, que suministrara información falsa sobre cualquier asunto militar, bien sea de palabra o por escrito y estuviese consciente de esta situación, sería despedido del servicio y tratado como testigo falso por la Ley del Reino⁹⁵.

Ningún oficial al mando de una tropa o su porción debía presentar queja ante el oficial superior inmediato de estar cansado ni resistir la celeridad del paso ni de fatiga alguna. De generarse alguna queja, el oficial debía presentarla ante su superior por escrito, en privado, con argumentos convincentes sobre la situación problemática. En caso de contravenirse esta disposición, el oficial sería castigado como falta grave a

93 *Ibidem*, p. 208.

94 *Ibidem*, p. 209.

95 *Ibidem*, p. 210.

la subordinación y de flojera en el servicio⁹⁶. La ineptitud y la desidia en la carrera de las armas quedarían evidenciadas en un oficial cuando este llegara tarde a su obligación (aunque fuese por minutos) presentando por excusas males imaginarios o atribuibles a fatigas. Igual aquel oficial que se conformara con entregar lo preciso de su deber sin avanzar más allá de lo que dictara su voluntad en el esmero del servicio, así como hablar pocas veces sobre las bondades de la profesión militar.

Todo oficial debía celar la obediencia de sus subalternos especialmente en las acciones de guerra, conteniendo a la tropa en el combate, haciendo que esta avanzara sobre el enemigo. Si el oficial quedara solo por incapacidad de contener a sus subordinados, especialmente en la refriega, evidenciaría su inutilidad para el mando, lo que lo conduciría a enfrentar un consejo de guerra para graduar la falta.

Todo oficial en servicio, sin importar su graduación o el cuerpo armado al cual perteneciera, debía servir sin murmuraciones ni presentar dificultades para prestar el servicio o la misión encomendada ni pretendería para sí ni para la tropa que comandara un mejor lugar. Debía aceptar el servicio y el puesto, aun cuando este no le correspondiera o fuera de alto riesgo⁹⁷.

Cualquier oficial en servicio que fuera atacado no debía desamparar su puesto de comando sin antes haber hecho toda la defensa posible para conservarlo, dejando bien parado el honor de las armas del rey. Si en los superiores se observara alguna duda en la defensa y el abandono del puesto, el oficial sería juzgado por un consejo de guerra. Si un oficial recibía la orden absoluta de conservar su puesto a todo costo, inclusive el de su vida, debía hacerlo⁹⁸

96 *Ibidem*.

97 *Ibidem*, p. 212.

98 *Ibidem*, p. 214.

Cuadro N.º 2
Conformación de un Regimiento de Caballería según disposiciones de Carlos III, año 1767

Regimiento de Caballería												
Plana Mayor												
	Coronel	Teniente Coronel	Sargento Mayor	Ayudantes	Porta Estandarte	Capellán	Cirujano	Mariscal Mayor	Timbalero	Trompetas (uno por Compañía)		
	1	1	1	2	4	1	1	1	2	12		
1er Escuadrón			2do Escuadrón				3er Escuadrón			4to Escuadrón		
1era Compañía de Caballería	2da Compañía de Caballería	3era Compañía de Caballería	1era Compañía de Caballería	2da Compañía de Caballería	3era Compañía de Caballería	1era Compañía de Caballería	2da Compañía de Caballería	3era Compañía de Caballería	1era Compañía de Caballería	2da Compañía de Caballería	3era Compañía de Caballería	
Compañía de Caballería												
	Capitán											
	Teniente											
	Alférez											
	Sargentos											
	Cabos											
	Carabineros											
	Soldado Montados											
	Soldados a Pie											
	Total efectivos por Compañía de Caballería											
	135											
	Total Efectivos por Regimiento de Caballería											
	540											
	Total Efectivos de la Plana Mayor											
	26											
	Total Efectivos de un Regimiento y Plana Mayor											
	566											

Fuente: Cuadro elaborado sobre la base de datos expuestos en *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus exércitos*. (1767), p. 12.

Cuadro N.º 3
Confirmación de un Regimiento de Dragones según disposiciones de Carlos III, año 1767

Regimiento de Dragones											
Plana Mayor											
	Coronel	Teniente Coronel	Sargento Mayor	Ayudantes	Porta Gules	Capellán	Cirujano	Tambor Mayor Montado	Obuses Montados	Mariscal Montado	
	1	1	1	2	4	1	1	1	4	1	
	1er Escuadrón			2do Escuadrón			3er Escuadrón			4to Escuadrón	
1era Compañía de Dragones	2da Compañía de Dragones	3era Compañía de Dragones	1era Compañía de Dragones	2da Compañía de Dragones	3era Compañía de Dragones	1era Compañía de Dragones	2da Compañía de Dragones	3era Compañía de Dragones	1era Compañía de Dragones	2da Compañía de Dragones	3era Compañía de Dragones
Compañía de Dragones											
Capitán											
Teniente											
Alférez											
Sargentos											
Tambor											
Cabos											
Granaderos											
Soldado Montados											
Soldados a Pie											
Total efectivos por Compañía de Dragones											
46											
Total Efectivos por Escuadrón de Dragones											
138											
Total Efectivos por Regimiento de Dragones											
552											
Total Efectivos de la Plana Mayor											
17											
Total Efectivos de un Regimiento y Plana Mayor de Dragones											
569											

Fuente: Cuadro elaborado sobre la base de datos expuestos en *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus exércitos*. (1767), p. 13.

Era obligación de todo oficial influir en sus subalternos sobre las capacidades del enemigo, conceptualizando la inferioridad del mismo, el cual se encuentra siempre en desventaja frente a las fuerzas del rey, elogiando la disciplina e inteligencia de los jefes militares españoles, de las capacidades superiores del armamento, municiones, caballos provisiones y el buen trato que la oficialidad brinda a la tropa⁹⁹.

FORMACIÓN MILITAR DE LOS CADETES

Para ingresar como cadete al servicio del monarca español Carlos III era necesario pertenecer a una familia de notable hidalguía, conforme a las leyes que regían al reino para el momento. También podían ser admitidos como cadetes los hijos de oficiales desde el más alto rango hasta capitán. Estos requisitos eran indispensables¹⁰⁰. La edad de ingreso no debía ser menor a doce años si era hijo de un oficial. En caso contrario, el cadete debía tener los dieciséis años cumplidos si procedía de una familia de reconocida hidalguía.

Con el fin de dar cumplimiento a este importante requisito sobre la procedencia noble del cadete, era necesario presentar ante el coronel del Regimiento donde se hiciera la solicitud, la debida fe de bautismo y los testimonios fehacientes en la forma requerida, de que el aspirante gozaba de hidalguía en el pueblo de donde era nativo. Los hijos de oficiales debían presentar la fe de bautismo y la patente o la copia autorizada de ella, comprobando efectivamente que el padre (o abuelo) era o había sido capitán u oficial superior del ejército real.

El coronel receptor de la documentación presentada por el aspirante a cadete debía velar con el mayor celo el cumplimiento de esta normativa, no disimulando ni consintiendo fraude en este sentido, que a la larga perjudicaría el buen

99 *Ibidem*, p. 216.

100 *Ibidem*, p. 236.

lustre del cuerpo armado. Una vez comprobado, el coronel debía elaborar el respectivo informe indicando la solicitud realizada al inspector, quien finalmente lo aprobaba si el pretendiente no presentaba obstáculo alguno.

La educación militar de los cadetes era asignada a un coronel del respectivo Regimiento¹⁰¹, quien por lo general debía ser un oficial de comprobado talento, experiencia y amor por la profesión militar, que fuese capaz de inflamar y formar el espíritu de la juventud que recién ingresaba a la carrera de las armas, instruyéndolo según las *Ordenanzas de S.M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus ejércitos*, emitidas por Carlos III en 1768.

Por ello, los cadetes nuevos debían comprar y estudiar estas *Ordenanzas*, necesarias para el ascenso a oficial de los aspirantes, debiendo instruirse y conocer indispensablemente todas las obligaciones militares descritas en ellas. El coronel tutor de los cadetes debía velar que estos vistieran con aseo y bien uniformados, tal como lo realizaban los soldados, evitando modas y excesos que ridiculizaran o afeminaran al cadete, trastornando el pensamiento militar a consolidar¹⁰². El coronel instruiría resaltando la importancia que tenía para el cuerpo castrense la subordinación, el ejemplo y la exactitud que deben prevalecer en toda la oficialidad.

Los ejercicios diarios descritos en la *Ordenanza* que ejecutaban los cadetes no debían postergarse por ningún motivo, a menos que los días fuesen festivos o de mal tiempo. Estos ejercicios debían hacerse desde la madrugada, con el fin de acostumar al cadete a la fatiga, en medio de una continua y laboriosa instrucción, el fin era conocer los cadetes que tomarían la carrera de las armas con devoción¹⁰³.

101 *Ibidem*, p. 244.

102 *Ibidem*, p. 244.

103 *Ibidem*, p. 245.

La primera enseñanza que debía ser inculcada en los cadetes era a valorar el honor y la conveniencia de aprender el oficio militar, así como la poca fortuna que ha de esperar si sobre las milicias no desempeñará estos conocimientos con inteligencia y espíritu militar. Serían instruidos los cadetes en cuanto a las fallas comunes del armamento y sus soluciones, el mantenimiento y la limpieza para la mejor conservación. Debían aprender a colocar eficientemente la piedra para el accionar del arma de fuego, entrenando continuamente para mejorar la puntería para la mejor colocación de la bala en el blanco¹⁰⁴.

Los cadetes debían conocer suficientemente sobre la vestimenta de un recluta, cómo debían recibirlos (los cadetes a los reclutas) tanto en la compañía como en la escuadra a la que fuesen destinados. El coronel tutor fomentaría entre los cadetes, en las diversas fases de formación, la satisfacción y el amor que forjaría en cada siguiente generación de oficiales, disfrutando de un «comprehensible, y ventajoso cotejo de la vida, y esperanza de un soldado»¹⁰⁵, superior, en relación con la forma de vida que tendría un «labrador o artesano...»¹⁰⁶.

El coronel velaría porque los cadetes aprendieran de memoria «el Tratado del ejercicio» debiendo explicar a diario, mediante una práctica- demostración de uno o más títulos de las *Ordenanzas de S.M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus ejércitos*. Esta sería una práctica común para cada cadete con el fin de que «aproveche de la sólida instrucción (sic) que le conviene»¹⁰⁷.

Con dicha formación militar, el cadete estaría en capacidad de saber formar un regimiento, colocando correctamente a cada oficial, cabos y sargentos en el lugar que efectivamente le corresponde en la formación de batalla, parada

104 *Ibidem*, p. 245.

105 *Ibidem*, p. 246.

106 *Ibidem*.

107 *Ibidem*, p. 247.

y columna. De igual manera conocería de memoria las obligaciones generales de un centinela, de un cabo, sargento, abanderado y subteniente en la conducción de las marchas, de los alojamientos en pueblos. Debía conocer y dominar las obligaciones de un oficial de guardia en una plaza, cuartel o campaña, sabiendo formar sus partes, recibir las rondas, los debidos honores que hacer y las respectivas precauciones en caso tomar el arma, fuego o tumulto.

Finalmente una vez que el cadete domine toda la instrucción descrita en las *Ordenanzas de S.M. para el régimen...* pasaba a una segunda fase de instrucción superior, en la que estudiaba Aritmética, Geometría y Fortificación.

Pensamiento sobre la guerra y el arte militar en el siglo XVIII previo a Clausewitz

En el siglo XVIII diferentes autores presentaron su visión sobre la guerra y el arte militar. Entre varios pensadores se destacan Raimondo de Montecucoli, conocido también como conde Montecucoli, y Federico II de Prusia. Ambos autores influyeron en el pensamiento de los líderes militares en Europa así como los hombres que prestaban servicio en las colonias en América, a lo largo del siglo XVIII. Según carta de Simón Bolívar dirigida al general británico sir Robert Wilson, con fecha del 15 de noviembre de 1824, emitida desde la población de Chancay, la obra del conde de Montecucoli era consultada por el propio Napoleón Bonaparte.

CONDE RAIMONDO DE MONTECUCCOLI

La obra del conde Raimondo de Montecucoli se denomina *El arte universal de la guerra*, en la que plantea diversas tácticas y logísticas que deben ponerse en práctica en el campo de batalla, así como algunas orientaciones en el ámbito estratégico.

Comienza su obra haciendo algunas disposiciones precisamente en el terreno estratégico. Es evidente que su propuesta fue generada desde el punto de vista del hombre que dirige la tropa, de quien tiene el mando. El capítulo I se titula «De las operaciones militares que se deben hacer en campaña y en fortaleza». Inicia este capítulo indicando que los hombres dirigentes de la guerra deben discutir y actuar con inteligencia, mediante la observación del enemigo. Observar al enemigo permitiría a los líderes actuar oportunamente (prontitud), resolución y disposición¹⁰⁸.

Recomendaba el conde Montecuccoli en sus apreciaciones iniciales encargar las cosas relacionadas a la guerra al personal que demuestre voluntad y habilidad para ejecutarlas, asegurando que las actividades y las órdenes dadas se cumplan cabalmente. De igual forma indicaba que no se debía perder la ocasión para atacar e infligir daño al enemigo. Consideraba que era muy importante conocer con exactitud la historia y cosmografía del país (cómo vivían, en qué creían, cuáles eran sus costumbres, cómo se interrelacionaban entre sí y con otros pueblos)¹⁰⁹.

Un jefe militar debía conocer la fertilidad y ubicación de las tierras destinadas a la agricultura y la ganadería, así como el estado en que se encontraban. También era importante determinar cuáles eran los principales pasos por donde podía transitar el ejército ante un río, una montaña, un valle o un bosque. Era muy importante conocer con precisión la ubicación de las fortalezas, plazas, diseño y construcciones de las mismas. De la nación era importante determinar cuáles eran las inclinaciones políticas del pueblo, la forma en que el gobierno llevaba a cabo las políticas que incidían en el pueblo y si este último estaba a favor o en contra del gobierno¹¹⁰.

108 Raimondo de Montecuccoli, *El arte universal de la guerra*, p. 24.

109 *Ibidem*.

110 *Ibidem*.

Un jefe militar debía conocer del enemigo cuándo este atacaría estimando el momento en que se movilizaría dicho ejército, determinar si el enemigo planeaba iniciar movimiento de noche o de día. Para cualquier líder castrense era importante determinar cómo se movilizaría el enemigo, si por vía terrestre, por vía fluvial o por la costa, cuántos a pie y cuántos a caballo. Era de importancia primordial conocer la cantidad y conformación de las fuerzas contrarias; así como poder prever los posibles socorros que les pueden venir en su favor y los posibles aliados con que contara ese país.

Para un general era importante no confundirse al dar órdenes. Se interpreta que el autor quería decir al general, que debe tener claro cuál es el objetivo que se quiere alcanzar y cuáles son los medios que requiere para alcanzarlo. Si esto está claramente definido, el general sabrá cuales son las órdenes a ser impartidas para alcanzar el objetivo previamente establecido.

Mostrarse más alegre en los mayores peligros y adversidades. Esto lo aconsejaba Montecucoli, seguramente para mantener la buena moral entre la tropa y alentarla a seguir la refriega, ya que la victoria estaría asegurada. Premeditar y proveer en todas las cosas que puedan servir u obstaculizar las determinaciones. Esta afirmación concuerda con lo descrito por Clausewitz sobre las capacidades que debe tener el genio militar para ver la realidad en medio de la incertidumbre y el azar.

CAUSAS QUE INCITAN A DAR LA BATALLA

Montecucoli indica entre las causas que conducen a un general a entrar en batalla está tener la esperanza de alcanzar la victoria sobre el enemigo. Un segundo motivo es querer socorrer alguna plaza sitiada por el adversario, llevado por el ardor y valor de los soldados. Un jefe militar puede presentar batalla si es obligado por la escasez de víveres, lo que amenazaría la existencia de su ejército, prefiriendo entonces dar batalla y no

dar tiempo a que el enemigo se refuerce. Un general pudiera valerse de algunas ventajas que el mismo enemigo le presente para iniciar la batalla. También es posible aprovechar alguna desventaja en que se encuentre el enemigo, si este se encontrara, por ejemplo, en algún pasaje o desfiladero, también allí se recomienda dar batalla. Un general puede aprovechar cualquier ocasión de gran ventaja para presentar batalla¹¹¹.

CAUSAS QUE OBLIGAN A NO DAR LA BATALLA

Existen motivos para no presentarse a la batalla. La primera que enumera Montecuccoli es: «Si fuera mayor el daño perdiendo que la utilidad ganando»¹¹². Otro motivo para no presentarse en batalla es que las fuerzas de un general sean inferiores a las del enemigo. El general puede contar con mayor número de fuerzas que el enemigo, sin embargo, si estas se encuentran dispersas y alejadas de campo de batalla, sería mejor no presentarse. Tampoco recomendaba presentar batalla si el enemigo hubiere tomado puesto ventajoso¹¹³.

Por otro lado, Montecuccoli recomendaba obligar al enemigo a dar batalla sitiándole alguna plaza de consideración. Buscando al enemigo en los campos, agarrándolo por sorpresa mientras marchaba. De igual forma, un general debe procurar hallar descuidado al enemigo y llegar a él de improviso. El enemigo estaría obligado a presentar batalla si se encontrara acorralado entre dos ejércitos. Un general puede fingir la retirada o marchar a otra parte, para que el enemigo confiadamente retome su puesto o plaza. Otra acción que puede ejercer un general contra el enemigo consiste en cortar el paso a los víveres, retirándole todo en las plazas, quemándole las campiñas, arruinándole el país y cerrándole los pasos.

111 *Ibidem*, pp. 45-46.

112 *Ibidem*.

113 *Ibidem*.

Acampando junto al enemigo en puesto ventajoso por naturaleza o arte¹¹⁴.

A lo anterior, Montecuccoli también indicaba lo siguiente: «Dando tiempo al tiempo se vence al enemigo que se halla encerrado en su país, que no tiene medios para continuar la guerra o que no tiene placas fortificadas que le aseguren y cubran su casa»¹¹⁵. Un general pudiera realizar algunos movimientos como si tuviera temor del enemigo, haciendo que el enemigo se confié, incluso, se descuide. Posteriormente, simulando la retirada, conducirlo a un restringido donde habite, volviendo caras, presentando la batalla y destruyéndolo. Un general con suficiente claridad sobre la situación militar distribuye el ejército en tantos cuerpos como se requiera para realizar con certeza diferentes operaciones simultáneas.

Es necesario que el general logre crear temor y pánico en el interior del país que invade. Para ello deberá publicar que su ejército es más cuantioso y poderoso de lo que en realidad es; despachando diversas partidas por diferentes regiones, con el fin de que así lo crea el enemigo. Obligar a rendirse a las poblaciones con amenazas de saquearlos o quemarlos. Deshacer el ejército enemigo. Se hace quemando en sus contornos la campiña, villas y las ciudades¹¹⁶.

Otras acciones que se pueden implementar contra el enemigo consisten en privar o corromper las aguas que sirven a pueblos, ciudades y fortalezas, cerrar los pasos y destruir los puentes, cortar el paso de los víveres con un cuerpo de caballería, acampar cerca del enemigo y, si marcha, costearlo; ocupar los lugares de donde el enemigo puede sacar provisiones, se incluye tomar sorpresivamente y por la fuerza sus almacenes¹¹⁷. Los campamentos se hacen entre el enemigo

114 *Ibidem*, p. 46.

115 *Ibidem*, p. 55.

116 *Ibidem*, p. 57.

117 *Ibidem*.

y los lugares donde tiene comunicación. Es necesario que el general ordene impedir que los víveres le lleguen al enemigo. Se requiere comprimir y coartar el enemigo con baluartes, u ocupar terrenos que permiten valerse de esta ventaja. Finalmente se requiere incendiar los campos, si es posible, por traición o mediante la fuerza.

Para culminar, Montecuccoli advierte las acciones a tomar si el enemigo gana ventaja y comienza a embestir contra el adversario. Se debe ordenar la salida de nuevas partidas del campo que vayan sobre las emboscadas del enemigo. «Te alargarás con fortificaciones lo más que pudieres, para asegurar tus convoyes. Mudar puerto a menudo. Tener un pie en tierra y otro en la mar, o sobre algún río navegable»¹¹⁸.

Federico II de Prusia

Federico II de Prusia escribió el libro *Instrucción secreta que Federico II, rey de Prusia, dio a sus oficiales principalmente a los de Caballería y Dragones en la ocasión de la guerra de Baviera*, publicado en español en 1793 por Gerónimo Ortega y Herederos de Ibarra, y fue traducido del francés al español por Antonio Naveduela.

Una de las primeras instrucciones que Federico II daba a sus oficiales era que si uno de ellos se hallaba en un país desconocido, haría presentar ante él (el oficial líder) a cualquier hombre vecino de las casas inmediatas, elaborando simultáneamente un mapa particular del poblado y sus alrededores. Una vez frente al hombre nativo del pueblo, se le preguntaría sobre el nombre de los lugares de los alrededores, informándose el oficial, si por ejemplo, era posible encontrar en las cercanías desfiladeros, pantanos, lagunas y matorrales¹¹⁹.

118 *Ibidem*.

119 Federico II, *Instrucción secreta que Federico II, rey de Prusia, dio a sus oficiales principal-*

El oficial debía reconocer, interrogando al hombre del pueblo y mediante observación propia, todas las calzadas y caminos ubicados delante de la ubicación que tenían para el momento. Se informaba hacia donde conducían dichos caminos y si por ellos se podía pasar la artillería. De igual manera, el oficial debía informarse si el enemigo tenía la posibilidad de aproximarse sin ser percibido a su posición actual a través de otros caminos. Esta información debía ser transmitida a los superiores oportunamente. Con esta información el oficial tomaría todas las previsiones para poder instruir plenamente a las patrullas, que enviaría adelante para continuar la avanzada¹²⁰.

Para reforzar lo anterior, recomendaba Federico II a sus oficiales que debían interrogar con cuidado a todas las personas que vinieran a sus puestos desde la parte donde se ubicaba el enemigo. Debía informarse sobre los caminos, de dónde vienen y hacia dónde van estas personas, a qué se dedican, qué información tienen sobre el enemigo acerca de su ubicación actual y, dependiendo de las circunstancias o de las órdenes recibidas, los dejará pasar o los hará regresar, aun cuando transporten víveres y alimentos. Ordena que el trato que se debía dar a estas personas que transitaban debiera ser el de mayor honradez y respeto por la vida, sus pertenencias y su moral¹²¹. Con esto, según Federico II, era posible obtener un mayor conocimiento sobre el enemigo, que a su vez generaba mayor ventaja sobre este.

En términos generales, en *Instrucción secreta...* Federico II de Prusia ordenaba a sus oficiales todo lo relacionado con los movimientos militares que debía ejecutar su ejército cuando estaba invadiendo a otra nación. El primer capítulo describe

mente a los de Caballería y Dragones en la ocasión de la guerra de Baviera, p. 34.

120 *Ibidem*, p. 35.

121 *Ibidem*, p. 38.

la organización de las grandes marchas que debían hacer los ejércitos para dirigirse hacia el enemigo, organizando la vanguardia con caballos ligeros, ubicados también en la retaguardia y en los costados¹²², con esto se aseguraba la detección temprana del enemigo y su posterior batida.

Una vez en territorio enemigo era normal realizar el patrullaje, el cual se hacía evidentemente de día o de noche, diferenciándose las medidas de seguridad que debían tomar¹²³. Era específico en los detalles que debían realizar o atender desde el centinela más humilde hasta el oficial que comandaba la avanzada. Especificaba la cantidad de hombres que debían realizar las patrullas, con el fin de obtener información del enemigo o realizar un reconocimiento de los parajes desconocidos. Incluía la distancia en que se debían separar los jinetes o soldados de infantería, indicado esta en pasos: «enviará uno de los mejores de su gente avanzado a cuatrocientos o quinientos pasos si se hallase en terreno llano. Otro enviará a la misma distancia del lado de donde cree que el enemigo pudiese desembocar»¹²⁴. Dedicó un capítulo entero para las instrucciones de patrullaje de día y otro capítulo para el patrullaje de noche.

Los que realizaban la patrulla nocturna al frente y al costado del ejército de Federico II procurarían escuchar algún ruido, el ladrido de los perros o pasos de gente. El destacamento responsable de la patrulla haría muchas veces alto, con el fin de: «si es posible oír alguna cosa, bajara del caballo; se echará en tierra y aplicará el oído porque de este modo se oye marchar desde muy lejos durante la noche»¹²⁵. Las patrullas nocturnas debían realizarse bajo el mayor silencio, no debían

122 *Ibidem*, p. 31.

123 *Ibidem*, p. 66.

124 *Ibidem*, p. 67.

125 *Ibidem*, p. 94.

llevar perros ni caballos blancos mucho menos, «ni aquellos que, por su relincho, pudiesen descubrir la patrulla»¹²⁶.

Establecía claramente cuál era la conducta que debía seguir un oficial en un puesto destacado¹²⁷, cuando hacía prisioneros¹²⁸, o cómo debía actuar el oficial contra un destacamento de húsares igual al suyo¹²⁹. Se instruía a los oficiales sobre cómo se procedería en el ataque de un oficial a la caballería enemiga¹³⁰. Definía claramente cuál debía ser la conducta de un oficial ante un gran ataque desde el enemigo¹³¹. Igualmente dejaba establecida la conducta que debía mantener de un oficial que cubría la segunda línea¹³², o cuáles eran las obligaciones de un oficial destacado con veinte, treinta o cuarenta hombres para resguardar un lugar o espacio ubicado delante del frente, en el flanco de un ejército¹³³. Señala cómo debía atacar un oficial con caballería a un cuartel de húsares¹³⁴ enemigos, y cómo realizar este mismo ataque pero de noche¹³⁵. Dejó definido los criterios necesarios para establecer una plaza de armas segura para el resguardo de los ejércitos¹³⁶.

SOBRE EL GOLPE DE OJO MILITAR DESCRITO POR FEDERICO II

A fines del siglo XVIII en el ambiente militar europeo (y por ende en las colonias de América) se tenía una concepción general sobre el escenario de la guerra, que Federico II denominaba como el Golpe de Ojo Militar, atribuyéndolo

126 *Ibidem*, p. 99.

127 *Ibidem*, p. 114.

128 *Ibidem*, p. 122.

129 *Ibidem*, p. 134.

130 *Ibidem*, p. 128.

131 *Ibidem*, p. 138.

132 *Ibidem*, p. 141.

133 *Ibidem*, p. 157.

134 *Ibidem*, p. 169.

135 *Ibidem*, p. 180.

136 *Ibidem*, p. 200.

al francés Jean Charles de Folard (1669-1752). Este Golpe de Ojo Militar era definido como una ciencia que permitía conocer la naturaleza y la calidad del país donde se hacía la guerra, orientando al jefe militar, en una sola «ojeada»¹³⁷ el descubrimiento de las ventajas e incomodidades de los espacios geográficos donde se querían colocar los puestos militares. El jefe militar debía ser capaz de determinar las ventajas que ofrecía el terreno para su ejército, así como las desventajas que perjudicarían al contrario, razón por la cual debía sacar partida para su beneficio.

El Golpe de Ojo era un talento que debía guiar las decisiones de los oficiales. La ausencia o carencia del mismo podía conducir a un oficial a generar «las faltas más groseras»¹³⁸ o mejor dicho, un oficial nada podía esperar del oficio de las armas si carecía del sentido del Golpe de Ojo. Este talento o ciencia debía convertirse en un hábito ejercitado constantemente. Era obligación de cada valeroso oficial, decía Federico II, conocer la guerra antes de hacerla, lo que permitiría posteriormente aplicar correctamente los conocimientos militares, tropa y territorio contra el enemigo.

En los periodos en que no se hacía la guerra, el ejército no estaba en campaña constante, reuniéndose los regimientos pocas veces al año para maniobrar. Era allí, con la ejecución de estos ejercicios donde precisamente los oficiales podían aprender esta ciencia útil y necesaria, permitiéndoles entender las acciones militares «sostenido(s) por el celo, y dirigido(s) por la ambición»¹³⁹.

Consideraba Federico II que desde la perspectiva de Folard, era la cacería una de las prácticas que más contribuía en el oficial para que adquiriera un buen Golpe de Ojo. Un oficial

137 *Ibidem*, p. 205.

138 *Ibidem*, p. 206.

139 *Ibidem*.

diestro en la práctica del Golpe de Ojo conocía cabalmente los diferentes países que no se asemejaran a su tierra natal, además de dominar mil artificios que son convenientes aplicar en la guerra. Un oficial, sin duda alguna, podía llegar a ser hábil, pero necesitaba la aplicación eficaz del Golpe de Ojo¹⁴⁰.

Además de la cacería, sin la cual no se podría adquirir nada, los viajes eran considerados por Federico II de gran utilidad y ventaja en el ejercicio de esta ciencia. «Un ojo perspicaz descubre en el instante todo un país»¹⁴¹. El Golpe de Ojo permitía identificar los lejanos puestos del enemigo, orientando el oficial cuál es el paraje que más le convenía tomar a él y a su ejército en un país desconocido, identificando las ventajas y desventajas de ese paraje en relación con el entorno del espacio seleccionado. El paso siguiente consistía en planificar el ataque al ejército enemigo, lo que implicaba preparar simultáneamente la defensa donde se ubicaba su propio ejército.

Las condiciones de los países en la medida que se van conociendo sus espacios geográficos y físicos presenta ante el oficial diversidad de paisajes con montañas, ríos, bosques y llanuras, por lo que el jefe militar debía estar preparando constantemente nuevos planes o ajustando los ya elaborados, lo que ocurría si este oficial era ávido de conocimiento del país que ocupaba. Este jefe militar debía realizar recorridos, que Federico II denomina «paseos», que le permitían determinar paso a paso, las distancias que había entre un punto «a» hasta un punto «b», lo cual sería contrastado con los planes previamente elaborados sobre el papel, comprobando si había atinado o errado según lo previsto en la planificación previa, lo que mostraría al Oficial si contaba con un «buen o mal Golpe de Ojo»¹⁴².

140 *Ibidem*, p. 207.

141 *Ibidem*.

142 *Ibidem*, p. 208.

Formación militar de Simón Bolívar

En la obra de Fernando Falcón, *El cadete de los valles de Aragua*, se indica que fue un día sábado, 14 de enero de 1797, cuando el joven Simón Bolívar ingresó al Batallón de Milicias Regladas de Blancos de los Valles de Aragua, como cadete, presentándose ante el teniente coronel Francisco Lozano y Ponte¹⁴³. Para el momento, Bolívar contaba con trece años y medio de edad, aproximadamente. El ingreso de Bolívar al cuerpo miliciano, según Indalecio Liévano Aguirre, se debió al carácter incontrolable del adolescente, cuando sus tíos institutores ya no podían con el ímpetu de acero del joven sobrino.

Deseosos don Feliciano y don Carlos Palacios de librarse de las molestias que les aparejaba la proximidad de su sobrino y resueltos también a domar su acerada voluntad, le hicieron ingresar en las Milicias de los Valles de Aragua, cuerpo aristocrático fundado por don Juan Bolívar¹⁴⁴.

Esta situación con los tíos se debió a que la madre de Bolívar muere cuando este solo contaba nueve años, y posteriormente, por voluntad de su abuelo y tutor, este delega el cuidado y la educación del niño Bolívar a Simón Rodríguez¹⁴⁵. Desafortunadamente, Rodríguez no puede continuar con su obra pedagógica, debido a que en 1797 se descubre en Caracas una conspiración contra las autoridades coloniales, en la que participaba el propio Rodríguez, quien tuvo que huir al exterior, afectando el proceso educativo del joven a su cargo.

Bolívar contaba con una resaltante condición de nobleza e hidalguía según las *Ordenanzas* de Carlos III. También cumplía con la edad mínima requerida. Entonces, era evidente

143 F. Falcón, *op. cit.*, p. 46.

144 Indalecio L. Aguirre, *Bolívar*, p. 30.

145 *Ibidem*, p. 29.

la condición de noble de Bolívar; además, Juan Bolívar, su padre, había fundado un batallón¹⁴⁶. Este batallón tenía su sede de comando en la población de Cagua, donde Bolívar fue asignado a la Sexta Compañía¹⁴⁷.

Según Falcón, eran ocho los compañeros que compartieron el proceso de formación de Bolívar como cadete: Leandro Palacios, Domingo Galindo, Fernando Lozano, Rafael Monasterios, Florencio Palacios, Lorenzo Buroz y Tovar y Miguel Uztáriz. Estos cadetes de origen noble o hijos de oficiales debían concentrarse una vez a la semana en el comando del batallón para recibir las instrucciones específicas inherentes al proceso de formación de los futuros oficiales, según lo previsto en las *Ordenanzas* elaboradas por Carlos III en 1768¹⁴⁸.

En atención a estas *Ordenanzas*, el oficial encargado para la formación de los cadetes en este batallón, entre 1797 y 1799, era el capitán Juan Félix de Silva, primer instructor militar de Bolívar¹⁴⁹. Señala Falcón que los cadetes debían adquirir y estudiar las *Ordenanzas* de Carlos III, y que en la biblioteca del padre de Simón Bolívar existían dos ediciones de este documento, la primera compuesta por diez tomos, editada en Madrid entre 1766-1767. La segunda, de 1768, era la versión de tres tomos (la cual se cita en el capítulo anterior). Según Falcón, esta última edición era mencionada por Bolívar en diferentes documentos de su autoría elaborados entre 1802 y 1808, por lo que considera Falcón que debió haber sido el primer libro de formación militar que tuvo Bolívar.

Falcón también señala que la instrucción de los cadetes versaba sobre los valores militares en torno al honor como eje fundamental de la profesión militar¹⁵⁰. Debían los cadetes

146 *Ibidem*.

147 Ver cuadro N.º 1.

148 F. Falcón, *op. cit.*, p. 48.

149 *Ibidem*.

150 *Ibidem*, p. 49.

memorizar las *Ordenanzas*, donde se especificaba la formación prusiana, el manejo del armamento, la formación ceremonial como de batalla, así como la ubicación de los oficiales y suboficiales¹⁵¹. Era necesario que el cadete se instruyera en la vigilancia del aseo del cuartel y de los soldados, formar las revistas de los comisarios e inspectores, conocer mensualmente el gasto de los rancheros y la cocina, ajustar las masitas o pagos de la tropa, distribuir leña, aceite, pan y camas correspondientes a la tropa.

Bolívar no fue el cadete mejor calificado de su clase, ni el menor (lo era Lorenzo Buróz y Tovar, con 12 años). De nueve cadetes que se graduaron el 4 de julio de 1798, Bolívar ocupaba el séptimo lugar de la promoción¹⁵². En otras palabras, su participación como cadete en el batallón no fue sobresaliente. Según Falcón, la hoja de calificaciones de servicios del subteniente Bolívar del 31 de diciembre de 1798 era la siguiente: Valor: conocido; Aplicación: sobresaliente; Capacidad: buena; Conducta: buena; Estado: soltero¹⁵³. Esta evaluación era superior a la calificación recibida por Bolívar un año antes, en diciembre de 1797, cuando aún era cadete: Valor: se supone; Aplicación: la demuestra; Capacidad: buena; Conducta: buena; Estado: soltero¹⁵⁴.

Se comprueba que Simón Bolívar recibió formación militar según lo previsto por el rey Carlos III en sus *Ordenanzas*, una formación militar semejante a la descrita por Montecucoli y Federico II de Prusia. Era una formación militar tal como se concebía en Europa a fines de siglo XVIII y comienzos del siglo XIX.

151 *Ibidem*, p. 51.

152 *Ibidem*.

153 *Ibidem*, p. 54.

154 *Ibidem*, p. 52.

El joven Bolívar en Europa, 1799-1802

Culminado el proceso de formación de cadetes en el Batallón de Milicias Regladas de Blancos de los Valles de Aragua, y realizados todos los actos de protocolo para el ascenso a oficial, celebrados oportunamente, Simón Bolívar aborda la nave San Ildefonso, la cual zarpa desde el puerto de La Guaira con destino a España, el 18 enero de 1799¹⁵⁵. Según las ordenanzas militares que regían los ejércitos realistas españoles, los cadetes en formación no podían obtener permiso para ausentarse antes de haber cumplido los dos primeros años de la misma, debido a que este periodo era exclusivo para la instrucción de las obligaciones de la profesión militar, acreditándose la verdadera vocación en cada aspirante a oficial¹⁵⁶.

Una vez en España, específicamente en Madrid, Simón Bolívar se pone en contacto con diferentes personalidades, especialmente con familiares y amigos, en su mayoría de origen americano, tal como es el caso de don Esteban Palacios, su tío, quien mantenía amistad con Manuel Mallo, amigo cercano de la reina María Luisa¹⁵⁷. Esta amistad facilitó a Bolívar el acceso a íntimos círculos de la corte real madrileña¹⁵⁸. Posteriormente, en algunas de esas reuniones en la corte, Bolívar conoció al marqués de Uztáriz, un caraqueño dueño de una gran sabiduría, de espíritu noble y bondadoso, según Indalecio L. Aguirre¹⁵⁹. Largas, diversas y meditadas lecturas habían cultivado en el marqués una sólida formación filosófica, lo que lo conducía a defender las ideas de la enciclopedia, de moda en España, además de poseer una cuantiosa fortuna.

155 I. Aguirre, *op. cit.*, p. 35.

156 F. Falcón, *op. cit.*, p. 55.

157 I. Aguirre, *op. cit.*, p. 38.

158 *Ibidem*, p. 41.

159 *Ibidem*, p. 43.

Es por ello que Bolívar, ante la sabiduría del marqués de Uztáriz, solicita al anciano que le brinde ayuda ante sus limitados conocimientos. La sinceridad que demostró el joven Bolívar, según Indalecio L. Aguirre, por perfeccionar su nivel cultural, inspiró simpatía al viejo marqués, aceptando brindar parte de su tiempo libre a orientar hacia el conocimiento, su brillante pero poco abonado intelecto¹⁶⁰. Simón Bolívar distribuye su tiempo para atender las lecciones que le impartían los maestros contratados por orientación del marqués; destacando las áreas de filosofía, historia, matemáticas, literatura, y lenguas vivas como las primeras disciplinas necesarias para su estudio.

Según Fernando Falcón, el marqués de Uztáriz, quien para el momento ocupaba el cargo de ministro del Consejo de Guerra de Madrid, entre 1795 y 1801 para que tengamos una mejor idea del nivel intelectual de dicho marqués, debió orientar la formación en aspectos de la cultura militar imperante en ese momento. Esta formación se iniciaba con el estudio de los clásicos: Plutarco, Polibio, Tácito, Tito Livio y Julio César. Considera Falcón que una vez culminado este primer ciclo, se pasaba al estudio de obras como *Las instituciones militares* de Flavio Vegecio, las *Reflexiones militares* del Marqués de Santa Cruz, *El arte universal de la guerra* de Raimundo Montecuccoli y la *Instrucción secreta que dio a sus oficiales Federico II de Prusia*. «Todas estas obras estaban en boga en el ambiente militar de la época y es más que posible que existiesen en la biblioteca del marqués, familiarizándose Bolívar desde muy temprano con ellas»¹⁶¹.

160 *Ibidem*, p. 44.

161 F. Falcón, *op. cit.*, p. 59.

Bolívar ejecutante de la guerra, según los postulados de Clausewitz (1812 y 1813)

Conceptos de Clausewitz puestos en práctica por Bolívar

En el *Manifiesto de Cartagena*, del 15 de diciembre de 1812, Simón Bolívar se adelanta en su pensamiento y accionar militar, en relación con lo descrito en la obra de Clausewitz, la cual se publica unos veinte años después del *Manifiesto*, donde se teorizan diversos aspectos de la guerra. Para Clausewitz, un primer acercamiento al concepto de guerra es que la misma consiste en el enfrentamiento que se lleva a cabo entre dos adversarios o bandos, en el que cada uno procura imponer su voluntad al contrincante haciendo uso de la fuerza. En el capítulo I de este libro se indica que cada adversario, al momento de aplicar la fuerza, por lo general lo realiza con crueldad, sin retroceder ante el derramamiento de sangre, por grande que sea, y obtiene ventaja sobre el adversario, siempre que este no hiciera lo mismo.

Bolívar consideraba que las fuerzas patriotas tenían tanto en el ejército como en las autoridades españolas un adversario

militar, por tanto, también adversario político. Para Bolívar, la pérdida de Venezuela sufrida por los patriotas, hoy conocida como la caída de la Primera República, se debió a la lucha dispareja llevada a cabo entre los contrincantes. Mientras en el bando realista las fuerzas actuaron bajo una misma autoridad política y militar, los patriotas se dedicaron a fraccionar sus fuerzas en función del poder político que ejercía cada ciudad o región, gobernándose la República¹⁶² bajo un sistema débil, disgregado.

Bolívar vivió y sufrió en carne propia la actuación de un ejército realista fuerte que se agrupaba en la figura del rey de España, bajo el mando de Domingo Monteverde. Mientras, el *Manifiesto de Cartagena* invitaba «a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos»¹⁶³. Simón Bolívar pudo comprender que si la guerra era el enfrentamiento entre dos oponentes, estos oponentes deberían luchar en igualdad de condiciones, o mejor dicho, reclamaba Bolívar juntar las fuerzas patriotas, bajo un único mando para poder hacer frente a un enemigo poderoso, siendo su fortaleza (la de los realistas) la unidad de mando. Los venezolanos, por el contrario, se dispersaron en disputas internas, haciendo que:

El más consecuente error que cometió Venezuela, al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante; sistema improbadado como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguera sin ejemplo¹⁶⁴.

162 Simón Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», 15 de diciembre de 1812, en *Documentario de la Libertad*, tomo 6, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República. 1983, p. 204.

163 *Ibidem*.

164 *Ibidem*.

Si las fuerzas patriotas aspiraban a derrotar al enemigo, debía ser por medio de fuerzas iguales o superiores, que a través de un mando unificado se procediera a derrotar a los realistas en Venezuela, utilizando medios de fuerza, un ejército armado y entrenado, según lo sugería el pensamiento militar imperante en la época. Es más, en este *Manifiesto de Cartagena*, ese pensamiento militar que mora en la mente de Bolívar se expresa de la siguiente manera:

Lo primero que se presenta en apoyo de esta operación, es el origen de la destrucción de Caracas, que no fue otro que el desprecio con que miró aquella ciudad la existencia de un enemigo que parecía pequeño, y no lo era considerándolo en su verdadera luz¹⁶⁵.

Los líderes militares que dirigían el ejército patriota, previo a la debacle de la Primera República, no evaluaron el verdadero peligro que representaba el enemigo al que se enfrentaban, menospreciándolo, considerando que era imposible que estas fuerzas realistas procedentes de Coro llegaran a Caracas, realmente no se evaluaron en su verdadera dimensión las capacidades de destrucción reales del enemigo y, al considerarlo un enemigo inferior, pecaban las fuerzas patriotas de exceso de confianza. Al menos de esa manera pareciera ser la percepción que tuvo Bolívar. Justo lo señala Clausewitz sobre dos contendientes donde cada uno procura someter por la fuerza al oponente.

La segunda concepción que Clausewitz presenta sobre la guerra es que la misma es un acto de fuerza sin límites para su aplicación. Cada adversario fuerza la mano del otro y esto redundaba en acciones recíprocas teóricamente ilimitadas. Esta concepción consideramos que calza perfectamente con lo descrito en el *Manifiesto de Cartagena*, cuando Bolívar indica

165 *Ibidem*.

que en la metrópolis española existía gran cantidad de oficiales con suficiente ambición y audacia, adiestrados en los riesgos y las carencias de la guerra, deseosos de viajar hasta la América con el fin de reinstaurar el imperio que recién habían perdido.

Intuía Bolívar una portentosa migración desde la península conformada principalmente por cardenales, obispos, canónigos y clérigos, quienes serían capaces de alterar la situación de las recién creadas naciones americanas, envolviéndolas en una espantosa anarquía; a la par que influirían en el espíritu de los americanos mediante el predominio religioso, el dominio civil y militar, instrumentos que facilitaban el sometimiento, señalaba el Libertador.

Como si Bolívar hubiera consultado un oráculo, expone que España estaría en capacidad de incrementar en Venezuela unos quince o veinte mil hombres al servicio de las autoridades reales, que irían sobre el resto de la América. Este ejército sería respaldado por otro más temible, conformado por ministros, embajadores, consejeros, magistrados, incluyendo a todos los jerarcas eclesiásticos, así como cortesanos escudados en señoriales títulos nobiliarios, expertos en el dolo y la intriga, capaces de impresionar a las multitudes, acabando desde la raíz con la semilla de libertad de toda América. (En este sentido se cumplió parcialmente esta hipótesis de Bolívar con la llegada del general Pablo Morillo en 1815). Esa era la magnitud de la mirada que tenía Bolívar sobre el futuro en ese momento.

Estas vendrían a ser las acciones que el adversario realizaría para someter al otro: forzar la mano del otro redundado en acciones recíprocas teóricamente ilimitadas que había previsto Bolívar. Ante este escenario, el Libertador consideraba ineludible tomar las medidas necesarias para reducir las presuntas amenazas previstas por la mente de aquel hombre. Las medidas consistían en pacificar rápidamente las provincias

que se habían sublevado en el continente, lo que implicaba dirigir las armas patriotas sobre el enemigo, formando soldados y oficiales dignos de la causa americana. Todas las condiciones estaban dadas para que dicho escenario ocurriera de tal manera, indica el Libertador en el *Manifiesto*. Era urgente cerrar las puertas al enemigo, dejar de hacerlo sería una falta política y militar inexcusable. Venezuela estaba invadida, considera Bolívar, y por consiguiente era imperante rechazar y expulsar al enemigo, aún más allá de las fronteras.

EL BANDO REALISTA DESARMA AL ENEMIGO PATRIOTA A MEDIADOS DE 1812

Como se ha descrito en el capítulo I, el contrincante vencedor debe desarmar al enemigo para lograr imponer su voluntad, lo que implica colocar al bando contrario en una posición de desventaja, que debería generarle un mayor esfuerzo en las acciones de guerra, gracias a la acción desfavorable que ha de imponérsele al enemigo.

Era posible que los jefes realistas bajo el mando de Domingo Monteverde también conocieran estas premisas que posteriormente presenta Clausewitz. Una forma de doblegar la voluntad de los patriotas fue la descrita por Bolívar en su *Manifiesto de Cartagena*, con fecha del 2 de noviembre de 1812.

Este *Manifiesto* denuncia la violencia del gobierno de Monteverde una vez posicionado del poder en Caracas, violando el tratado de rendición celebrado entre realistas y patriotas unos meses antes en la población de La Victoria. Una multitud de ciudadanos respetables eran trasladados en medio de insultos y humillaciones ante Monteverde. Entre los castigos aplicados se colocaban en cepos, para ser conducidos posteriormente encadenados hacia las estrechas bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello¹⁶⁶.

166 S. Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», 2 de noviembre de 1812. en: *Documentario de la*

Personas ricas o de alguna distinción, no solo blancos, también pardos, eran traídas de todos los rincones de la provincia; perseguidos con patrullas, y aprehendidos con exacerbada violencia. Indica Bolívar que unos cuatrocientos cautivos ocupaban las bóvedas, siendo oprimidos por pesados grillos, sin que de estos castigos se escaparan niños ni ancianos, tampoco importaba a las autoridades las enfermedades que contraían todos los privados de libertad, por tanto, no tenían forma alguna de alcanzar ningún aliento ni paliativo. Según Bolívar, para la fecha ya había fallecido el doctor Lorenzo Méndez, el cirujano José María Gallegos, el capitán de ingenieros José Benis; así como el profesor de Medicina, doctor José Luis Cabrera; el doctor Juan Germán Roscio; Guillermo Pelgrón; y a la espera de la muerte estaban el teólogo Madañaga y otros.

Seguramente Bolívar había sido informado de que en Puerto Cabello había muerto el clérigo doctor Mendoza, corriendo la misma suerte el doctor Francisco Espejo y el marqués de Boconó, conducido gravemente enfermo en una hamaca, desde Barinas hasta Guanare donde muere. Los bienes de todas estas víctimas, presos o no, habían sido confiscados y distribuidos entre la oficialidad que lideraba Monteverde. «La consternación es general y las gentes desoladas, errando por los campos, en la miseria, apenas pueden sobrellevar una cansada vida»¹⁶⁷.

Esta forma de reaccionar de las autoridades militares españolas sobre los patriotas una vez caída la Primera República era normal. Debía ser así y no de otra manera. Era lo que se podía esperar de una oficialidad formada desde una temprana edad en el ejército realista bajo unas normas que imperaban en todos los ejércitos europeos en ese periodo histórico. Para

Libertad, tomo 6, p. 197.

167 *Ibidem*.

los oficiales españoles era necesario desarmar al enemigo. Se trataba de colocar en una posición desventajosa a los patriotas que a su vez debía ser duradera, no transitoria, ya que si el enemigo percibía la transitoriedad de la medida no estaría dispuesto a rendirse, en cambio esperaría un momento más favorable para continuar la guerra. No se debe perder de vista que el propósito de toda guerra o acción militar es desarticlar o devastar al enemigo, señala Clausewitz.

Entonces para las autoridades realistas, representadas por Monteverde y sus hombres, era una obligación militar desarmar al enemigo, los patriotas, que por las acciones descritas por Bolívar, cortando toda voluntad de lucha de los americanos contra las autoridades reales, eso implicaba aplicar castigos para infringir sufrimiento, hambre, temor, enfermedad y sin remordimiento alguno, disponer de la vida de quienes se oponían a la autoridad real, lo que ponía en desventaja absoluta al enemigo patriota. Esos hombres representantes de la autoridad real simplemente aplicaban esas premisas que sobre la guerra imperaban en el pensamiento militar del momento. Indudablemente las fuerzas realistas actuaban como una fuerza de ocupación, invasoras, que para dominar al enemigo debían desarmarlo previamente, en otras palabras, aniquilar la voluntad de lucha al contrario al colocarlo en una posición desventajosa, tal como lo indica Clausewitz.

El objetivo político de Simón Bolívar expresado en el Manifiesto de Cartagena del 15 de diciembre de 1812

El *Manifiesto de Cartagena* fue una proclama en la que Simón Bolívar expuso claramente cuál era su objetivo político, indicando ante el gobierno de Nueva Granada cómo asumiría la conducción del proceso de liberación de Venezuela. Ese objetivo político consistía en:

Liberar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a esta de la que padece, *son los objetos que me he propuesto en esta memoria*. Dignaos, oh mis conciudadanos, de aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables¹⁶⁸.¹⁶⁹

Este documento escrito por Simón Bolívar el 15 de diciembre de 1812, coincide perfectamente con el objetivo político descrito por Clausewitz en su obra, expuesto previamente en el capítulo I del presente documento. El objetivo político para Bolívar en ese momento no era otro que liberar a Venezuela de la suerte que padecía. Consistía entonces en tomar el poder político y militar, desalojando con ello a los españoles que para entonces detentaban el gobierno sobre Tierra Firme, Venezuela. Bolívar era partidario de centralizar los gobiernos americanos, debido a que los enemigos estarían en posibilidad de obtener completas ventajas de haberse mantenido la subdivisión provincial del territorio venezolano; lo que hacía más proclives a los venezolanos a caer inevitablemente en los horrores de las contrariedades civiles sufridas por la población, que serían capaces de llevar a cabo ese pequeño grupo de bandidos de origen español que cubrían las regiones venezolanas, según Bolívar.

En una primera parte del *Manifiesto de Cartagena*, Bolívar expone las causas de la caída de la Primera República, unas repúblicas aéreas, arrojadas con el manto del federalismo. Sin embargo, en la medida que se avanza en la lectura del *Manifiesto*, se ve claramente justificado el objetivo político establecido por Bolívar al principio del documento. Reconoce que los jefes experimentados (Monteverde y sus hombres) lucharon contra los grandes maestros de la guerra,

168 S. Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», 15 de diciembre de 1812, En: *Documentario de la Libertad*, tomo 6, p. 204.

169 Las cursivas son nuestras.

los franceses, podrían los realistas avanzar desde Barinas y Maracaibo hasta los últimos lugares de América meridional.

Como estrategia militar, Bolívar en el *Manifiesto de Cartagena* consideraba necesaria una guerra ofensiva por sobre la defensiva. Esta última era nociva, empobrecía a quien la sostenía, debido a que debilitaba a la nación a la defensiva sin esperanzas de aliviar las dificultades en que se sumerge.

LEY DE PROBABILIDADES, CONSIDERANDO LOS DATOS SUMINISTRADOS POR LA REALIDAD, EXPUESTOS EN EL *MANIFIESTO DE CARTAGENA*

Bolívar indicaba en el *Manifiesto de Cartagena* que los realistas se encontraban en una situación muy crítica. Los soldados criollos en su mayoría desertaban de estas fuerzas, debiendo los soldados del rey resguardar las mismas, ciudades afectas a la causa patriota como Caracas, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumana y Margarita; no atreviéndose a dejar desguarnecidas estas plazas, que de inmediato se alzarían contra los realistas una vez movilizados fuera de las plazas. Era posible que los patriotas llegaran a las puertas de Caracas sin haber presentado una batalla campal, consideraba Bolívar. Según Clausewitz, cada bando sacaría sus conclusiones respecto a cuál sería la acción del contrario y de acuerdo con ello, determinaría la suya propia.

En esa marcha del ejército patriota hacia Caracas, Bolívar estaba seguro de que se le unirían millares de valientes patriotas deseosos de liberarse del yugo de los tiranos españoles, uniendo fuerzas en defensa de la libertad de la patria. Proyectaba Bolívar para ese momento, realizar el ataque a las fuerzas españolas en Venezuela por dos rutas para la aproximación: desde Santa Marta hasta Maracaibo y hacia Barinas desde Cúcuta, con el fin posterior de ir contra las fuerzas realistas en Caracas. Recordemos que para el momento en

que fue presentado el *Manifiesto de Cartagena*, ya el Libertador tenía previsto cuáles podrían ser las rutas a seguir en el futuro inmediato. La Nueva Granada como ente político administrativo de vieja data, en aras de salvaguardar su honor, debía dirigir todos sus esfuerzos contra los invasores españoles, persiguiéndolos hasta las últimas defensas, y debía asumir como propia la empresa de liberación de Venezuela, según lo indicaba Bolívar.

La guerra es la continuidad de la política por otros medios

Simón Bolívar definió en el *Manifiesto de Cartagena* claramente el objetivo político que debían plantearse los americanos meridionales, específicamente los neogranadinos y los venezolanos. No era otro que liberar a Venezuela del gobierno ejercido por los españoles, derivando esto en la eliminación de las amenazas sobre las provincias libres de Nueva Granada. De igual forma, las autoridades políticas y militares realistas también tenían claramente definido cuál era su objetivo político, por lo que su actuación no respondía a un capricho, era el accionar necesario del bando realista. Pero, ¿cuál era en realidad el objetivo político de los peninsulares?

En un oficio dirigido al intendente general del ejército, emitido el 20 de diciembre de 1812 (cinco días después de haber emitido Bolívar el *Manifiesto de Cartagena*), Domingo Monteverde le indica al capitán de fragata Antonio Tiscar: «Creo que se presenta la ocasión más oportuna de pacificar a Santa Fe, y si V. a la vista de las cosas lo considere obsequiable, tiene mi facultad para emprenderlo»¹⁷⁰.

El objetivo político de los realistas debió haber sido asegurar la Capitanía General de Venezuela, pacificarla (que

170 Domingo Monteverde, «Oficio de Monteverde para el Intendente General del Ejército», 20 de diciembre de 1812, En: *Documentario de la Libertad*, tomo 6, p. 212.

pasaba por desarmar al enemigo mediante actos contra la población civil en general) con el fin último (objetivo político) de reconquistar el Virreinato de Nueva Granada y el resto de las colonias españolas, tal como Bolívar lo había indicado unos días antes en el *Manifiesto de Cartagena* del 15 de diciembre de 1812, señalando cómo sería la actuación de las fuerzas realistas desde Venezuela sobre el resto del continente.

Se puede evidenciar la actuación de dos entidades políticas claramente definidas para diciembre de 1812. Por un lado se encontraban las fuerzas realistas, con un líder visiblemente determinado (el rey) y una institucionalidad jurídica que pasaba por la organización militar, es decir el ejército realista, la cual finalmente era el ente ejecutor de la política de recuperación de las colonias, orden emitida desde España. En el otro lado de la acera se encontraban los patriotas, quienes controlaban las principales provincias que habían conformado el Virreinato de Nueva Granada, donde se refugiaban los patriotas derrotados en Venezuela. Estos patriotas neogranadinos y venezolanos intentaban asegurar el proceso político de liberación del poder colonial español mediante el empleo de fuerzas militares. Dos gobiernos, cada uno con un claro objetivo político, siendo el brazo ejecutor para alcanzar dicho objetivo el empleo de fuerzas militares.

El Decreto de Guerra a Muerte y la trilogía de la guerra

El Decreto de Guerra a Muerte fue firmado por Simón Bolívar el 15 de junio de 1813 en el cuartel general de Trujillo, en el marco de la denominada Campaña Admirable. Siguiendo a Clausewitz, se identifica la trilogía de la guerra conformada por el odio, la enemistad y la violencia primitiva¹⁷¹. Se tratará de comprobar si este Decreto de Guerra a Muerte (objeto

171 Ver figura N.º 1.

observado presente en la naturaleza) es explicado por la postura teórica de Clausewitz.

Para Clausewitz, el ODIO es considerado como un impulso natural que hace que el ser humano actúe de manera violenta. La ENEMISTAD genera probabilidades reales de éxito, los resultados que se quieren alcanzar dependen de las probabilidades reales de ganar la contienda y no de los deseos o sentimientos que prevalezcan en los contendores. Por último, la VIOLENCIA PRIMITIVA concreta el objetivo político, dando a la guerra un papel de instrumento político subordinado. Para este último se requiere del uso o dominio de la inteligencia pura, en palabras de Clausewitz.

Esta primera trilogía da paso a una segunda terna. El odio identificado es asociado directamente con la actuación del pueblo. La enemistad está relacionada con la actuación del jefe militar y la tropa. La violencia primitiva es una facultad a plena disposición del gobierno, creador del objetivo político. El uso de la inteligencia debe ser capaz de poder sincronizar esta trilogía. El ejecutor de la guerra, el jefe militar, debe ser capaz de engranar los sentimientos del pueblo, a través de acciones de valor y talento que deben demostrar dicho jefe militar y su ejército, haciendo uso de la violencia primitiva cedida por el gobierno, con el propósito de alcanzar un objetivo político.

El Decreto de Guerra a Muerte¹⁷² emitido por Simón Bolívar es un mensaje dirigido a potenciar o excitar a las fuerzas patriotas. Se informaba los a venezolanos que un ejército enviado por el Congreso de la Nueva Granada venía a liberarlo, tal como ya lo había hecho con las provincias de Mérida y Trujillo. Este ejército protegería a los venezolanos, restableciendo al gobierno republicano que previamente había sido

172 S. Bolívar, «Decreto de Guerra a Muerte», 15 de junio de 1812, En: *Documentario de la Libertad*, tomo 7, p. 162.

creado. Una muestra de ello, lo representaba el restablecimiento de las antiguas Constituciones y magistrados, gozando plenamente de su libertad e independencia en la ejecución del gobierno en las provincias liberadas. La misión de ese ejército venido de Nueva Granada era la de romper las cadenas de la servidumbre que agobiaba a los venezolanos, sin ser arbitrarios ni emitir leyes que atentaran contra los venezolanos, no aprovechándose de ninguna forma los militares patriotas contra sus coterráneos del poder que les conferían las armas.

Continúa el Decreto indicando que este ejército no podía ser indiferente a las desolaciones sufridas por el pueblo, generadas por el cruel ibero, destructor de la forma de vida de los americanos mediante el robo y la muerte, violando los solemnes tratados y capitulaciones por ellos firmados. Habían cometido contra Venezuela todo tipo de crímenes, generando las más horrorosa desolación. Consideraba Bolívar que era justicia tomar venganza por estas acciones contra los patriotas. Era necesario desaparecer del suelo colombiano, decía Bolívar, a los execrables españoles que plagaban la patria, cubriéndola de sangre, siendo el castigo que estos merecen igual al inmenso mal que han generado, única forma de limpiar la sombra de nuestra vergüenza, mostrando que «a las naciones del Universo que no se ofende impunemente a los hijos de la América»¹⁷³.

A pesar de estos hechos que generaron gran resentimiento entre la población americana en relación con los crueles españoles, Bolívar como jefe militar de esa expedición estaba dispuesto a brindar una vía de conciliación, a la amistad con los españoles, incluso a vivir pacíficamente con los americanos, si denunciaran los crímenes cometidos por los realistas, obrando de buena fe a favor de los patriotas en aras

173 *Ibidem*, p. 163.

de destruir el gobierno invasor de España, que daría paso al restablecimiento de la República de Venezuela. Bolívar señala que todo aquel peninsular que no obre, que no ejecute acciones eficaces contra la tiranía española sería considerado como enemigo y por ende recibiría castigo por traición a la patria, cobrando la vida del traidor, bien descrito en el Decreto de Guerra a Muerte.

Los españoles, armados o desarmados, que abrazaren la causa patriota como causa propia, que brindaren auxilio de cualquier modo a los americanos en la destrucción del enemigo, gozarían de un indulto general y absoluto. Podrían conservar sus empleos todos los oficiales de guerra y los magistrados civiles que proclamaren que su gobierno es el mismo gobierno republicano de Venezuela y, por tanto, se unirían a la causa patriótica y serían tratados como americanos.

En relación con los que nacieron en Venezuela y los americanos en general que han actuado contra su patria por error o engañados han perdido el camino de la justicia en favor de la causa americana, a estos descarriados, Bolívar, en nombre de la causa patriótica, señala que serían perdonados no sin antes lamentar el camino extraviado que estos habían tomado. Sin embargo estos no se considerarían culpables de sus acciones antipatrióticas, ya que obraron cegados de la realidad o ignorantes de la misma, debido a que fueron inducidos a cometer tales acciones en contra de sus coterráneos por parte de las autoridades realistas. No debían temer estos americanos de las armas que venían a vengar tanto mal, dispuestas a cortar los lazos de infamia que mantenían con los realistas, los verdugos de la causa patriota. A estos americanos se daría inmunidad absoluta, respetando el honor, la vida y propiedades. Bastaba con ser nacidos en Tierra Firme, en Venezuela, en América, para que las armas patriotas salvaguardaran estas garantías. Los patriotas vinieron solo a

proteger a todos los americanos, aun aquellos que han cometido graves actos de traición.

Finalmente, el Decreto de Guerra a Muerte dice a españoles y canarios, que de los patriotas esperen solamente la muerte, aun cuando hayan sido indiferentes en la confrontación entre patriotas y realistas, si no actuaban enérgicamente a favor de la causa patriota, de la libertad de América. Mientras los americanos contarían con la vida, incluso cuando hubieren obrado a favor de los españoles.

En el Decreto de Guerra a Muerte se puede evidenciar la presencia de la trilogía de la guerra. En primer lugar el odio identificado se debe a la actuación de las fuerzas realistas contra los patriotas, en términos generales, aunque la embestida hubiese sido contra los blancos o pardos por igual. En este sentido, señala Bolívar en el *Manifiesto de Cartagena*, con fecha de 2 de noviembre de 1812, en relación con las fuerzas realistas contra los patriotas: «Se dan órdenes para traer de toda la provincia cuantas personas ricas o de alguna distinción se encontrasen, no solo de la clase de blancos, sino aun de la de pardos»¹⁷⁴. Bastaba ser nacido en América y poseer alguna distinción económica para arremeter en su contra por haber traicionado y desafiado la autoridad del rey. El odio que despertaron los españoles en su actuación contra los americanos es canalizado por el Libertador para exaltar al pueblo en contra del enemigo europeo.

El segundo componente de la trilogía es la enemistad, la cual está relacionada con la actuación del jefe militar y la tropa. Esta enemistad es convocada por Bolívar en el Decreto de Guerra contra todo español o canario, que aun siendo indiferente, o que habiendo obrado contra los patriotas tendrían una muerte segura por haber tomado partido a favor de las invasoras autoridades españolas. Esta medida sería tomada

174 S. Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», 2 de noviembre de 1812, *op. cit.*, tomo 6, p. 198.

por el líder militar y ejecutada por su ejército patriota, evidentemente era un acto de enemistad contra los pobladores, magistrados civiles o militares europeos que hasta ese momento hacían vida en Venezuela.

La violencia primitiva es una facultad a plena disposición del gobierno, creador del objetivo político. En el Decreto de Guerra a Muerte del 15 de junio de 1813, Bolívar señala que el ejército patriota había sido enviado por el Soberano Congreso de Nueva Granada para liberar a Venezuela, evidentemente mediante el uso de la violencia primitiva. En el segundo párrafo del Decreto se indica que: «Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a restablecer los Gobiernos Republicanos»¹⁷⁵. Bolívar actuaba bajo las órdenes del gobierno republicano de las Provincias Unidas de Nueva Granada.

El fin y los medios de la guerra (sic) a disposición de las fuerzas patriotas

Se ha evidenciado que el objetivo político propuesto por Simón Bolívar en el *Manifiesto de Cartagena*, el 15 de diciembre de 1812, posteriormente avalado por el Soberano Congreso de la Nueva Granada¹⁷⁶, el 7 de mayo de 1813, no era otro que liberar a Venezuela del gobierno realista bajo el mando de Monteverde. Por otro lado, Clausewitz indicaba que un jefe político o militar debía comprender que para hacer la guerra era necesario considerar: fuerzas militares, territorio y la voluntad del enemigo, con el fin último de alcanzar la paz mediante un acuerdo entre los contendientes.

Las FUERZAS MILITARES¹⁷⁷ bajo el mando de Bolívar en diciembre de 1812 y principio de 1813 probablemente eran,

175 S. Bolívar, «Decreto de Guerra a Muerte», 15 de junio de 1812, *op. cit.*, tomo 7, p. 162.

176 I. Aguirre, *Bolívar*, p. 149.

177 Ver figura N.º 2.

en su gran mayoría, originarias de Nueva Granada. El 15 de diciembre, Bolívar en el *Manifiesto de Cartagena* había proyectado ingresar a Venezuela por dos vías: a Maracaibo desde Santa Marta y por Barinas desde Cúcuta¹⁷⁸. Para el 7 de mayo de 1813¹⁷⁹ Bolívar recibe la autorización expresa de marchar desde Cúcuta para ocupar las provincias de Mérida y Trujillo, en Venezuela¹⁸⁰. Con esta orden se descartaba partir directamente desde Cúcuta hasta Barinas como previamente él mismo lo había indicado. Esta previsión del Poder Ejecutivo de la Unión, se debía a que los llanos de Barinas estaban totalmente controlados por las fuerzas realistas, lo que ponía en riesgo cualquier fuerza expedicionaria patriota venida desde Cúcuta.

En este sentido, el coronel Pedro Briceño Pumar¹⁸¹ informaba a Bolívar el 20 de mayo, que las fuerzas del realista Yanes en Guasualito eran de quinientos a seiscientos hombres de caballería, superiores a las que acompañaban a Antonio Nicolás Briceño, de tan solo cien jinetes. Briceño se había adelantado a Bolívar en su marcha hacia Venezuela, siendo capturado por los hombres de Yanes entre el 13 y el 15 de mayo de 1813. Era posible que la inteligencia patriota, tanto en Cúcuta como las de Bogotá estuvieran enteradas de la magnitud de las fuerzas de Yanes en los llanos de Barinas.

Por ello, Bolívar es autorizado a tomar las provincias andinas, debido a las dificultades que presentaba Yanes en Barinas, que eran fuerzas de caballería, mientras que Bolívar solo contaba con infantería, hombres nativos de la región andina, acostumbrados a vivir en las montañas y no bajo el calor de los llanos. Por lo tanto, Bolívar aspiraba a seguir

178 S. Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», 15 de diciembre de 1812, *op. cit.*, tomo 6, p. 211.

179 I. Aguirre, *op. cit.*, p. 149.

180 S. Bolívar, «Decreto de Guerra a Muerte», 15 de junio de 1812, *op. cit.*, tomo 7, p. 162.

181 Pedro Briceño Pumar, «Oficio del Coronel Pedro Briceño Pumar para Bolívar», 20 de mayo de 1813, *op. cit.*, p. 138.

incorporando efectivos¹⁸² nativos de los andes a los setecientos hombres que lo acompañaban desde Cúcuta, con el objetivo de tomar Caracas.

Era una necesidad extrema atender los requerimientos de fondos para sostener al ejército acantonado en Cúcuta. Se erogaban al menos veinticinco mil pesos mensuales para los gastos, según *Oficio de Bolívar para el Gobernador del Estado de Pamplona*, del 30 de abril de 1813¹⁸³. Dicha cantidad para la fecha no se sumaba aun para hacer frente en el mes siguiente (mayo). De no contar con ese dinero, se corría el riesgo de tener que disolver ese ejército, corriendo la suerte Nueva Granada de ser invadida por los enemigos realistas desde Venezuela.

En este oficio, Bolívar expone que si se mantenía acantonado indefinidamente el ejército en aquella ciudad, se corría el riesgo de diezmar los recursos de Cúcuta y sus alrededores, y en consecuencia hasta podía quedarse sin ejército, exponiendo la causa independentista al descontento del pueblo si se mantenían las tropas en aquella deplorable condición de inacción. Por el contrario, argumenta Bolívar, si se obra hostilmente sobre Venezuela en contra del enemigo realista, de allí se obtendrían todos los bienes para sostener al ejército, evitando los males previamente indicados.

Francisco de Paula Santander le informó al brigadier Simón Bolívar, desde La Grita, el 30 de abril de 1813, que entre el 28 y el 29 de ese mes habían desertado con sus armas veintinueve soldados de la primera y cuarta compañía del quinto batallón, debido a la falta de dinero y de víveres. Desde el día 22 los soldados de esta compañía estuvieron comiendo sin sal, además de no recibir ningún apoyo material, por la

182 S. Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», 15 de diciembre de 1812, *op. cit.*, tomo 6, p. 211.

183 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Gobernador del Estado de Pamplona», del 30 de abril de 1813, *op. cit.*, p. 107.

falta de ganado (suministro de carne) y escaseando el arroz en muchos ranchos (cocina). No había dinero para el pago de la tropa y tampoco quien pudiera financiar los gastos del mes de mayo. Además de esto, debido al mal tiempo, la mayoría de oficiales y soldados estaban enfermos, incluso el propio Santander¹⁸⁴.

Con relación a cómo mantener el sustento del ejército patriota de Cúcuta, Bolívar plantea¹⁸⁵ el 8 de mayo de 1813, que una vez que este ejército patriota marchara sobre Mérida y Trujillo apenas podría acceder a los víveres necesarios para mantener la tropa, siendo la estadía no mayor a un mes entre ambas ciudades. Sin embargo, los veinticinco mil pesos que se requirieren para el sostenimiento del ejército serían suministrados por las Provincias de Nueva Granada, y una vez tomada Caracas, la República de Venezuela procedería a pagar los montos e intereses de los créditos acordados con los prestamistas neogranadinos. Bolívar esperaba recibir estos aportes estando ya en Trujillo, donde aguardaría nuevas órdenes para avanzar sobre Venezuela.

El 12 de mayo de 1813, Bolívar expresaba la conveniencia de enviar desde Mérida —una vez ocupada por los patriotas— una expedición con el fin de dominar Barinas, provincia que podría suministrar ganado vacuno, caballos, mulas y dinero, enviándose una parte producto de las ventas a Cúcuta, para el sostenimiento del ejército que protegía esa plaza. Con ello se privaría a los enemigos de aprovechar las ventajas que presentaba esta provincia.

Es importante revisar con detalle lo que Vicente Campo Elías le comunica a Cristóbal Mendoza, el 13 de mayo desde la ciudad de Mérida. Según dicha comunicación, en los campos

184 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Presidente Encargado del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión», 30 de abril de 1813, *op. cit.* tomo 7, p. 109.

185 S. Bolívar, 8 de mayo de 1813, *op. cit.*, p. 119.

y comunidades agrícolas esparcidos entre Mérida y Trujillo, el comandante español Correa, al encontrarse en retirada por la arremetida que le estaban dando las fuerzas patriotas, amedrentaba a los pobladores, amenazándolos con que pronto volvería¹⁸⁶. Informa también sobre la apatía de estos pobladores por la causa patriota, desconociendo si esta era producto de las amenazas de Correa o porque efectivamente dichos pobladores no simpatizaban con las fuerzas de la república.

¿Qué podía haber dicho Correa a estos hombres y mujeres del pueblo humilde, campesino? Recordemos que Correa comandaba las fuerzas realistas que pretendían avanzar sobre la Nueva Granada, y que Bolívar, a través del capitán Félix Uzcátegui avanzó sobre San Cristóbal y el coronel Castillo sobre La Grita,¹⁸⁷ haciendo que Correa y sus fuerzas realizaran un movimiento retrógrado por Mérida y Trujillo entre marzo, abril y mayo de aquel 1813.

Es posible entonces que Correa amenazara en la retirada de sus tropas a todos los pobladores campesinos que había entre Mérida y Trujillo. Si se enteraba de que algún poblador nativo había prestado colaboración a los patriotas, le cobraría tal vez con la vida semejante traición a las fuerzas del rey —lo cual es una especulación nuestra—. Sin embargo, esto pudiera explicar la apatía que Campo Elías observaba entre los pobladores, según lo refiere a Cristóbal Mendoza. Esto pudo haber incidido en el apoyo popular de los pobladores a los patriotas, insuficiente quizás frente a lo que el propio Bolívar tenía previsto.

Los hombres de aquellas comarcas quizás no se sumaban al ejército patriota a su paso por los Andes venezolanos en

186 Vicente Campo Elías, «Carta de Vicente Campo Elías para Cristóbal Mendoza», 13 de mayo de 1813, En: *Documentario de la Libertad*, tomo 7, p. 133.

187 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Presidente Encargado del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión», 2 de abril de 1813, *op. cit.*, p. 75.

la cantidad de efectivos que había pensado Bolívar. No es descartable que estos pobladores, temiendo las amenazas de Correa, se hubiesen abstenido de brindar alimentos, vestidos, calzados, agua, refugio y cualquier otro bien requerido por las fuerzas patriotas en el avance sobre el territorio. Tal vez sería ese otro de los motivos convincentes que animó a Bolívar a emitir posteriormente el Decreto de Guerra a Muerte.

Con relación al TERRITORIO conquistado¹⁸⁸, en un documento de Simón Bolívar fechado el 23 de enero de 1813 desde la población Ocaña, señalaba que las tropas bajo su mando se habían incrementado prodigiosamente, debido a la adopción de una POLÍTICA LIBERAL, que consistía en admitir en el ejército a todos los oficiales tales como sargentos, cabos y soldados americanos que eran obligados a servir al enemigo. De esta manera restaba efectivos al adversario hostil, haciéndolo débil y, en paralelo, fortalecía y potenciaba Bolívar su propio ejército.

En el documento denominado «Plan de Campaña»,¹⁸⁹ fechado el 16 de enero de 1813, en Cartagena de Indias, Antonio Nicolás Briceño elabora una propuesta, seguramente por orden del Libertador, donde se recomendaba en la primera proposición, que serían admitidos en la expedición todos los criollos y extranjeros deseosos de unirse, manteniendo los grados militares alcanzados al momento de presentarse, de igual manera se le asignaría grado militar a quien no lo detentara.

En el oficio denominado «Bando de Bolívar para los habitantes de Cúcuta», con fecha 6 de abril de 1813¹⁹⁰, se indica en el segundo ítem que todos los ciudadanos que hayan tomado las armas para defender la causa realista, deberán presentarse

188 Ver figura N.º 2.

189 Antonio Nicolás Briceño, «Plan de Campaña», 6 de abril de 1813, En: *Documentario de la Libertad*, tomo 7, p. 59.

190 S. Bolívar, «Bando de Bolívar para los habitantes de Cúcuta», 6 de abril de 1813, *op.cit.*, tomo 7, p. 51.

ante las autoridades patriotas con el armamento con el que habían luchado o el que tuvieran en su poder, para ser perdonados por ese crimen (el de haberse unido al bando realista) sin que en el futuro fueran molestados por dicha causa. Probablemente buena parte de estos hombres se incorporarían al ejército patriota.

Ese día 6 de abril, Bolívar señalaba que el número de prisioneros era mayor a setenta hombres, quienes estaban en libertad cumpliendo lo prometido en el «Bando de Bolívar para los habitantes de Cúcuta». A Bolívar le parece beneficioso tratar con magnanimidad a los soldados partidarios del bando enemigo, evidentemente de origen americano. Con esta práctica, dijo Bolívar, se estimularía la desertión del bando enemigo, incluyendo sus armas, «que es lo que más importa en la época presente»¹⁹¹.

El 10 de junio de 1813, a pocos días de ser emitido el Decreto de Guerra a Muerte, el comandante Girardot informaba que había ordenado a todos los habitantes y vecinos de la ciudad de Trujillo, y de los pueblos que la circundan, que debían presentarse ante la comandancia patriota en dicha ciudad, con todas las armas de fuego y armas blancas que poseían, así como todas las municiones de guerra, pólvora, piedras de chispas, balas, para que fuesen custodiadas por las fuerzas patriotas, ateniéndose los infractores de esta instrucción a los peores castigos al no cumplir los deberes con la patria. De igual forma, este comandante ofreció indulto y perdón a todos los soldados que habían luchado bajo el mando de Correa y que en ese momento se encontraban dispersos en los montes. Aquellos soldados realistas que se presentaran con su fusil y bayoneta recibirían una gratificación de cuatro pesos¹⁹².

191 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Presidente Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión», 6 de abril de 1813. *op. cit.*, p. 82.

192 Atanasio Girardod, «Bando del Teniente Coronel Atanasio Girardod, Jefe de la Van-

LA VOLUNTAD DEL ENEMIGO. Desde los primeros días del mes de mayo de 1813, en la ciudad de Barinas, el comandante de las fuerza realistas, Antonio de Tíscar, estaba enterado sobre los avances de los patriotas por la región andina¹⁹³. Al parecer, según el historiador Samuel Hurtado, en su libro *La conspiración de 1813 en Barinas*, en las calles de esa ciudad para ese momento, la gente esperaba la llegada de los patriotas para levantarse contra el enemigo¹⁹⁴.

Según Hurtado, se inició una investigación por parte de las autoridades realistas, ordenada por el propio Tíscar. El ayudante mayor de Batallón de la Constitución, Manuel Antonio Gómez, fue uno de los primeros en ofrecer declaraciones, afirmando que el pardo Policarpo Samuel lo había adulado inicialmente expresando gran estimación a su persona. Ganada la confianza, el pardo Samuel le habló sobre la proximidad de los patriotas a las fronteras de Barinas, siendo la ocasión oportuna de manifestarse demostrando simpatía por esta causa. Según Gómez, el pardo Samuel le informó que las tropas del coronel Ramón Correa, jefe realista en La Grita, habían sido atacadas por los patriotas el 15 de abril, después de haber sido derrotados por Bolívar, en la batalla de Cúcuta el 28 de febrero de 1813.

Manuel Antonio Gómez señala que él le había indicado al alcalde de la ciudad, Juan José Briceño Angulo, promotor de la conjura contra los realistas, que no había necesidad de precipitar las acciones contra los realistas, que era mejor esperar las fuerzas que venían desde Nueva Granada, ya que «bajarían los enemigos desde la jurisdicción de Trujillo a Guanare por la Mesa para ocupar efectivamente el territorio barinés¹⁹⁵,

guardia», 10 de junio de 1813, *op. cit.*, p. 160.

193 Samuel L. Hurtado C., *La conspiración de 1813 en Barinas*, p. 31.

194 *Ibidem*, p. 32.

195 *Ibidem*, p. 33.

esto pasaría si las fuerzas patriotas batieran las de Correa, imponiéndose el gobierno patriota en las provincias andinas. Esta descripción de Gómez evidencia que en el bando realista también se empleaban las ideas posteriormente expuestas por Clausewitz sobre la guerra.

Según Hurtado, el 6 de mayo de 1813, Isidro Ramírez, de 28 años de edad, natural de Santa Fe de Bogotá, habitante del pueblo de Santa Rosa, rinde su declaración ante las autoridades reales: el día 26 de abril se encontraba en la plaza mayor de Barinas, donde mantuvo una conversación con el cabo primero de artillería del Batallón de Numancia, Juan José Crespo, quien le expuso a Isidro Ramírez que debía estar muy alegre y deseoso de que llegasen sus paisanos: los enemigos del reino que venían desde Cúcuta. En su declaración, Isidro Ramírez indicó que el cabo primero Crespo estaba molesto con las autoridades reales debido a que la paga no era mayor a medio real, completado con dos galletas. Esta era la razón por la que toda su compañía estaba desertando, y que él (el cabo Crespo) haría lo mismo en los próximos diez días si antes las fuerza patriotas no habían tomado Barinas, a las que, según Ramírez, se uniría Crespo porque pagaban cuatro pesos diarios y suministraban buena alimentación¹⁹⁶.

La importancia de *La Conspiración de 1813 en Barinas* del historiador Samuel Hurtado es que presenta un panorama general sobre cuáles eran los ánimos de las autoridades realistas al mando de Tíscar en 1813. Esta conspiración descubierta por las autoridades coincidía con el acercamiento que estaban realizando las fuerzas patriotas desde Cúcuta, que arremetía contra el líder Correa, hasta llevarlo a territorio de Trujillo, el cual una vez dominado por los patriotas, bajaría hasta Guanare y de allí tomaría Barinas. Al menos

196 *Ibidem*, p. 39.

ese escenario ya debía haberlo visualizado por Tíscar los primeros días de mayo de ese año, que con sus fuerzas ocupaba una ciudad cuyos pobladores nativos ya no eran de confiar, algunos de ellos, incluyendo al alcalde de la ciudad, estaban dispuestos a luchar contra las fuerzas del rey. De una forma u otra debió haber mermado la confianza, la capacidad operativa y la moral del ejército realista de Barinas.

Doblegar la voluntad del enemigo. Coincidencia entre Bolívar y Clausewitz: paralelismo en la concreción política

El 12 de mayo, a unos días de partir con destino a Mérida y Trujillo, desde Cúcuta, Bolívar emite un oficio para el presidente del Poder Ejecutivo de la Unión, y entre otras cosas hace saber allí que es indispensable llegar hasta la provincia de Caracas¹⁹⁷ donde habría más dinero y alimentos de los que se pudieran conseguir en Mérida y Trujillo, siendo la ocupación de todos estos territorios una actividad relativamente fácil. Los españoles se encontraban, según Bolívar, en una situación difícil, ya que solicitaban al Tocuyo, Barquisimeto y Carora que enviasen gente, no necesariamente soldados. Esta debilidad se evidenció porque aún los realistas no habían preparado una expedición en contra de las fuerzas patriotas de Cúcuta, siendo que dichas fuerzas ya tenían allí más de dos meses¹⁹⁸. Por ello aseveraba el Libertador que las fuerzas realistas se encontraban debilitadas.

Bolívar aseguraba que estas fuerzas enemigas del realista Correa no recibirían ayuda de parte de la ciudad de Maracaibo, debido a que el gobernador de esa provincia, el realista Fernando de Miyares, no abriría operaciones que se perfilaran tan

197 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Presidente Encargado del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión», 12 de mayo de 1813, *op. cit.*, p. 129.

198 *Ibidem.*

difíciles y costosas. Además, la ciudad y su gobernador carecían de dinero para realizar este tipo de operaciones, debido a que el comercio se encontraba estancado gracias a la acción de los corsarios. También señalaba el Libertador, que el comandante de las fuerzas realistas en Venezuela había sido derrotado en Cumana¹⁹⁹, lo que evidentemente debilitaba la moral de las fuerzas realistas en el territorio venezolano.

El 31 de mayo, Bolívar informa al presidente encargado de la Unión, que al Cuartel General de Mérida habían llegado oficiales y personas confiables, quienes daban fe sobre el mal estado en que se encontraban las fuerzas del enemigo, así como los deseos que tenían los pueblos de ver la llegada del ejército patriota²⁰⁰.

Es importante destacar que el día 7 de junio, ya el Libertador había sido informado sobre los sucesos acaecidos en la ciudad de Barinas, en cuyos predios habían sido ajusticiados veinticinco de los hombres que acompañaban a Briceño — quizás se trataba del Diablo Briceño— y otros doce patriotas americanos, actos llevados a cabo por los realistas. Así queda indicado en un oficio que envía a Girardot, además de ordenarle que empleara esta información para que tomara acciones en represalia²⁰¹ por ese ajusticiamiento.

Cada día que transcurría se afianzaba en Bolívar la percepción que tenía sobre la debilidad del enemigo, y por ende, comprendía que la realidad le era totalmente favorable a las fuerzas patriotas. El 14 de junio de 1813 le comunicaba al presidente encargado del Ejecutivo de la Unión que los enemigos se encontraban estremecidos por la incapacidad de salvación y, en paralelo, los pueblos por los que transitaban se

199 *Ibidem*, 26 de mayo de 1813, p. 142-143.

200 *Ibidem*, 31 de mayo de 1813, p. 149.

201 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Comandante Atanasio Girardot», 7 de junio de 1813, *op. cit.*, p. 155.

incorporaban con entusiasmo a la causa patriota, lo que permite visualizar la posibilidad real de obtener una contundente victoria. Igual que en comunicaciones anteriores, señala la incorporación al ejército patriota de soldados procedentes de las filas realistas.

Bolívar le ordena a Ricaurte el 30 de mayo, desde la ciudad de Mérida, atacar a Correa que se encontraba en Betijoque, advirtiéndole que este ataque se realizaría siempre que las fuerzas contrarias fueran inferiores a las patriotas. Este razonamiento de Bolívar, atacar al enemigo si es inferior, sería una aproximación a lo descrito por Montecuccoli, quien indicaba que un motivo para no presentarse en batalla es si las fuerzas de un general son inferiores a las del enemigo²⁰². Es decir, si un enemigo era inferior, entonces era el mejor momento para que su adversario iniciara el ataque. Tal vez esta idea se encontraba en la mente de Bolívar.

Finalmente, el 15 de junio de 1813, Simón Bolívar emitía el Decreto de Guerra a Muerte, desde el Cuartel General de Trujillo. Con este Decreto de Guerra a Muerte, el Libertador pretendía alcanzar la rendición del adversario mediante el sometimiento de la voluntad del enemigo. Esto quiere decir, someter al gobierno realista y sus aliados a firmar la paz o hasta que el pueblo se rindiera.

Según la obra *De la guerra* de Clausewitz, para someter la voluntad del enemigo las naciones beligerantes podían apelar a medios o acciones que, sin haber vencido definitivamente al ejército enemigo, pudieran incidir directamente sobre la actuación política del Estado oponente, en este caso, el bando patriota sobre el realista. Cualquier actividad, instrumento, acción o iniciativa de un Estado beligerante para fragmentar las alianzas del oponente, colocando en una posición favorable a

202 Raimondo de Montecuccoli, *El arte universal de la guerra*, Caracas, Editorial Hormiguero, Universidad Militar Bolivariana de Venezuela, (s/f), 24.

dicho contendiente, ampliaría las posibilidades de alcanzar el objetivo político previamente establecido, mediante la victoria sobre el contrario sellado con la firma de un acuerdo de paz. Según Clausewitz, existen dos motivos para alcanzar la paz «lo improbable del éxito y (...) el precio excesivo a pagar por él».

Simón Bolívar despachaba desde su Cuartel General de Trujillo a mediados del mes de junio de 1813, donde la topografía natural de los Andes venezolanos le brindaba protección, estando seguro de que no sería atacado desde Maracaibo por Miyares. Además mantenía un canal de comunicaciones confiables entre su Cuartel General en Trujillo y las ciudades de Mérida, Cúcuta y Santa Fe de Bogotá; frente a una población nativa, campesina y quizás en alguna medida analfabeta y manipulada en aspectos de política y que aún no tomaba partido por el bando patriota; recordaba Bolívar que su ejército requería recursos económicos que se ubicaban tanto en Barinas como en Caracas. También es importante considerar que el Libertador recibía constantemente noticias sobre la debilidad del enemigo, tanto en los Llanos barineses como en los Andes, donde las fuerzas de Correa eran disueltas en Trujillo, el ejército patriota de oriente derrotando a los realistas. Es en medio de este panorama, precisamente cuando el Libertador emite el controversial Decreto de Guerra a Muerte, el 15 de junio de 1813.

La intención de Bolívar era presionar psicológicamente a los españoles y canarios para persuadirlos de que ante la improbabilidad de obtener la victoria contra los patriotas y frente a lo costoso que sería seguir manteniendo la guerra contra los americanos, los realistas se vieran en la obligación de deponer las armas, de tratar de pactar con Bolívar un acuerdo de rendición y así lograr la paz. Esa tal vez fue la intención de Bolívar, quien a su vez buscaba el apoyo incondicional de los habitantes americanos para completar la toma

pacífica de Caracas, asegurando la paz y la estabilidad política de la república.

Recordemos que según Clausewitz, los Estados envueltos en una guerra podían recurrir a cualquier acción que no implicara necesariamente la derrota física del ejército hostil, incidiendo directamente sobre la actuación política de los Estados beligerantes. Es por ello que cualquier actividad o acción iniciada por un Estado beligerante que facilitara fraccionar las alianzas del oponente y por consiguiente atrajera aliados o colocara en una posición favorable a dicho contendiente, incrementaría las posibilidades reales de cumplir el objetivo político previamente establecido, alcanzando la victoria sobre el contendiente mediante el acuerdo de paz.

Bolívar deseoso de alcanzar la paz

Como indica Clausewitz, el fin y los medios para la guerra permiten alcanzar el objetivo político, que se obtiene o consolida una vez alcanzada la paz. Era lo que deseaba Bolívar el 6 de abril, en comunicación al presidente encargado del Ejecutivo de la Unión²⁰³, cuando recomendaba avanzar sobre Venezuela aprovechando la situación adversa que vivían los realistas en Guasualito, Cumaná y Barcelona, aunado a las derrotas propinadas a Correa, líder español que huía de los Andes venezolanos acechado por las fuerzas patriotas en el primer semestre de 1813.

Con este avance sobre Venezuela, bajo esas circunstancias, después de brillantes sucesos, quizás sin un tiro de fusil, sin comprometer la suerte del ejército y menos aún la de Nueva Granada, «contribuiría más que nada a la adquisición de la paz en esta (Venezuela)²⁰⁴, indicaba Bolívar. Con este argumento,

203 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Presidente Encargado del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión», 6 de abril de 1813, *op. cit.*, p. 83.

204 *Ibidem.*

el Libertador ratificaba, casi un mes y medio antes de emitir el Decreto de Guerra a Muerte, lo establecido el 15 de diciembre de 1812 sobre su objetivo político, que no era otro que tomar el poder de Caracas y Venezuela, evitando el derramamiento de sangre o llevando este al mínimo, alcanzando el objetivo político a través de un acuerdo con el bando realista, que traería finalmente la paz a los pobladores de Caracas y Venezuela.

Simón Bolívar y el objetivo político establecido en el *Manifiesto de Cartagena* del 15 de diciembre 1812

Una vez emitido el Decreto de Guerra a Muerte el 15 de junio de 1813, las fuerzas patriotas toman Guanare el 2 de julio²⁰⁵ y el 6 de ese mes Simón Bolívar instala su Cuartel General en Barinas²⁰⁶. Informaba Bolívar al presidente de la Unión sobre la liberación de aquella provincia sin ningún sacrificio, bastó ejecutar las operaciones militares para tomar la ciudad. El comandante de Barinas, Tíscar, como última instancia contra los patriotas en los Andes ordenó al comandante Martí marchar sobre Mérida y Trujillo, subiendo por el pueblo de Calderas hasta Niquitao, donde era esperado por las fuerzas de José Félix Ribas. Los ochocientos efectivos realistas que acompañaban a Martí fueron hechos prisioneros o muertos, quedándose los patriotas con todas las armas, municiones, víveres y caballería. Solo lograron escapar unos seis o siete oficiales, que probablemente regresaron a Barinas.

Continúa relatando Bolívar que la noche anterior a su entrada a Barinas, Tíscar había huido de la ciudad llanera con unos quinientos hombres de infantería, caballería y artillería hacia Puerto de Nutrias, ubicado en el río Apure, con destino

205 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Coronel José Félix Ribas», 2 de julio 1813, *op. cit.*, p. 196.

206 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Presidente de la Unión», 6 de julio de 1813, *op. cit.*, p. 198.

a Guayana navegando por el Orinoco, llevando un paso acelerado, obligado a dejar en la marcha todo su parque. En el tránsito a Nutrias, todos los americanos desertaron de las filas realistas, quedando Tíscar con un reducido grupo de oficiales españoles. Estos guerreros venezolanos que acompañaban a las fuerzas realistas, poco a poco se fueron incorporando a las fuerzas patriotas, lo que aumentó satisfactoriamente a este ejército, generando suficiente aliento a las fuerzas para tomar la ciudad de Caracas. ¿Serían estos hechos un efecto directo del Decreto de Guerra a Muerte?

El 28 de julio de 1813 Simón Bolívar emite una proclama dirigida a españoles y canarios, desde el Cuartel General de San Carlos. Deja claramente indicado que el ejército patriota ha derrotado a más de seis mil efectivos realistas en occidente y que el ejército patriota de oriente ha liberado desde Cumaná, Barcelona y los Llanos hasta Calabozo, dejando a los españoles el control del territorio comprendido entre Valencia y Caracas.

Sin embargo, indicaba Bolívar en esta proclama, un puñado de españoles y canarios se empeñan en detener las victorias logradas por las fuerzas patriotas. Los enemigos desaparecían de la presencia de las fuerzas patriotas temiendo a la espada exterminadora «que la justicia del cielo ha puesto en nuestras manos para vengar la humanidad que vilipendiosamente ha sido escarnecida en el suelo americano»²⁰⁷. A pesar de ello, el Libertador, en un gesto de humanidad, invita a los españoles y canarios a gozar de la felicidad conviviendo en armonía y en paz con los americanos, con la única condición de que abandonen las banderas del rey, que tanto daño ha causado gracias a la acción del traidor Monteverde.

La única condición impuesta a los españoles y canarios para vivir a plenitud era abandonar al gobierno español y

207 S. Bolívar, «Proclama de Bolívar a los españoles y canarios», 28 de julio de 1813, *op. cit.*, p. 224.

pasarse al bando patriota con una actuación activa a favor de esta causa. En caso contrario, de permanecer indiferentes o apoyar la causa realista, serían privados de todas sus propiedades. De igual forma, todo español que fuese tomado como prisionero en el campo de batalla sería condenado a pasar por las armas sin ninguna indulgencia. Hasta ese momento todos los españoles y canarios que se habían sumado a la causa patriota, indica Bolívar, conservaban sus lugares de vivienda, siendo tratados como americanos, mostrando un comportamiento semejante al de los hijos de Colombia.

Reiteraba Bolívar que si se avocaban a la causa patriota conservarían su vida, bienes, honor y familia, asegurado por la república. En caso contrario, debían prepararse para vivir lejos de esta tierra o para morir en ella. Esta proclama a los españoles y canarios era un recordatorio, una ratificación — desde nuestra perspectiva— del Decreto de Guerra Muerte del 15 de junio emitido en Trujillo, solo que en un mensaje más diplomático dirigido a los europeos. Esta proclama es enviada justo antes de que las fuerzas patriotas entraran al territorio cercano a Valencia, a un paso de Caracas. Con esta declaración se consolida la ejecución del objetivo político previsto por Bolívar en diciembre de 1812.

Lo que perseguía el Libertador era acorralar a las fuerzas realistas, desde el punto de vista psicológico y moral de los partidarios de las banderas del rey. Era una especie de ultimátum para que los europeos depusieran las armas antes de que las fuerzas patriotas iniciaran la ocupación militar del pequeño espacio territorial que gobernaban.

Por ello, según Bolívar²⁰⁸, los patriotas tomaron Valencia el 2 de agosto de 1813 sin la menor resistencia. Monteverde se había fugado hacia Puerto Cabello la noche anterior. Las

208 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para la Comisión Político Militar del Supremo Congreso de la Nueva Granada», 2 de agosto de 1813, *op. cit.*, p. 228.

personas recibían a las fuerzas patriotas cuando se acercaban a los pueblos, presentándose ante Bolívar con sus armas e informando sobre la situación de Monteverde. Además, el número de desertores de las fuerzas realistas era mayor a doscientos, los cuales se presentaban con armas y municiones.

Con estas acciones militares sobre Valencia, Bolívar no tenía ningún adversario capaz de hacerle frente entre Valencia y Caracas, no había ninguna fuerza capaz de detener el avance del ejército libertador. Bolívar pudo haber llegado a Caracas sometiénola a su voluntad, actuando contra españoles y canarios sin que nadie mediara en esa acción militar. Sin embargo, esa no fue la forma en la que procedió. Fue en el pueblo de La Victoria donde representantes del gobierno realista de Caracas y Simón Bolívar firman la Capitulación de Caracas. Esta acción o acuerdo planteada por los realistas y aceptada por patriotas, daba como culminada la campaña iniciada en Cúcuta.

Firma de la Capitulación de la ciudad de Caracas

Como bien lo indica Clausewitz en *De la Guerra*, el objetivo político se alcanza cuando las naciones beligerantes firman un acuerdo de paz, aun cuando no se haya dado una destrucción mayor en los ejércitos. Desafortunadamente, el bando realista y sus líderes no comprendieron la naturaleza política del ultimátum dado por Bolívar el 15 de junio de 1813 desde Trujillo, aprovechando el Libertador el momento en el cual consideraba como el de mayor debilidad al que estaban sometidas las fuerzas realistas. Es posible —y esta es una apreciación nuestra— que las fuerzas políticas y militares leales al rey cometieran el mismo error en el que habían incurrido los patriotas caraqueños un año antes, y no es otra cosa que considerar que las fuerzas enemigas eran incapaces de llegar a dominar la capital. El pecado de exceso de confianza.

Sin embargo, con Monteverde escondido en Puerto Cabello, las autoridades civiles de Caracas envían al marqués de Casa León, presbítero maestro don Marcos Ribas, don Francisco Iturbe, don José Vicente Galguera y al doctor don Felipe Fermín Paúl, con el fin de acordar la Capitulación con Bolívar, jefe del ejército patriota. A continuación se presentan los artículos propuestos por los representantes realistas y la respetiva contestación dada por el Libertador Simón Bolívar:

CAPITULACIÓN DE CARACAS:

ARTÍCULO 1.º

Deseosos de proporcionar la tranquilidad pública, evitar la dispersión de las familias, la confusión y horrores de la guerra y economizar la sangre humana, con arreglo a las instrucciones de nuestros comitentes, hacemos las propuestas siguientes. Que se establezca y plantee en la ciudad de Caracas y demás de Venezuela la Constitución de las Españas, y que se elija para llevar las riendas del Gobierno la persona que merezca la confianza de todas las clases en general.

CONTESTACIÓN

Que aunque poseído de los mismos benéficos sentimientos y conceptuando que para ejercerlos, es inconducente la propuesta, no difiere a ella, y que a su llegada a la ciudad de Caracas se establecerá la forma de gobierno que parezca más justa y adaptable.

ARTÍCULO 2.º

Que haya una reconciliación general, olvidándose todo lo pasado, respecto de los habitantes, sin distinción de origen ni clases, de modo que no podrán sufrir extorsión alguna, ni en sus personas, ni en sus bienes, por la adhesión que hayan manifestado al Gobierno español, con cuya condición y comprometimiento se le entregará pacíficamente la ciudad

de Caracas, y todos los pueblos que comprende la Provincia de este nombre con el puerto de La Guaira.

CONTESTACIÓN

Concedido y se observará religiosamente.

ARTÍCULO 3.º

Que sea libre la emigración de todos los que la pretendan, para retirarse con sus intereses donde más les acomode.

CONTESTACIÓN

Concedido, con calidad de que hayan de presentársele dentro de un mes, a solicitar el correspondiente pasaporte, y dentro de otro realizar su salida, no habiendo embarazo por la falta de buques y pudiendo constituir apoderado de su confianza para la recaudación de sus intereses y conclusión de sus negocios.

ARTÍCULO 4.º

Que la entrada a la capital de las tropas no haya de verificarse hasta pasados quince días contados desde la fecha de ratificación de este convenio, en cuyo intermedio podrán las tropas españolas evacuarla con todo el honor que corresponde a la nación a que pertenecen, siendo del cargo del Gobierno que se establezca el satisfacer su transporte.

CONTESTACIÓN

Que no pudiendo detener la marcha de las tropas de su mando, pasarán inmediatamente a la capital, luego que reciba la ratificación de este tratado, que deberá hacerse dentro del término preciso de veinte y cuatro horas, que correrán desde la hora en que le entreguen al Gobierno de Caracas los comisionados, quienes lo ejecutarán en todo el día de mañana. Y que los militares españoles serán comprendidos en la emigración concedida, dejando las armas y pertrechos, y permitiendo solo a los oficiales su espada, cuya entrega se

verificará en el cantón de Capuchinos, como también la de las existencias de arcas públicas, archivos y demás correspondientes al Estado en sus respectivas oficinas, luego que tomen posesión las tropas de la Unión.

Firmado por duplicado en el pueblo de La Victoria a 4 de agosto de 1813.

SIMÓN BOLÍVAR

MARQUÉS DE CASA LEÓN

MARCOS RIBAS

FELIPE FERMÍN PAÚL

FRANCISCO DE ITURBE

JOSÉ VICENTE GALGUERA

MUÑOZ TÉBAR²⁰⁹

Con la Capitulación de Caracas, Bolívar culmina el ciclo político iniciado el 15 de diciembre de 1812 expresado en el *Manifiesto de Cartagena*, cuyo objetivo no era más que liberar a Venezuela del gobierno español. Esta manera de proceder del Libertador pudo haber recibido críticas por parte de patriotas que deseaban venganza contra españoles y canarios. Este accionar político, el de alcanzar la paz mediante la firma de un acuerdo, y de allí el logro del objetivo político, está perfectamente contemplado por la concepción político-militar que prevalecía en ese momento histórico, recogido posteriormente por Clausewitz en *De la guerra*.

Venezuela, una nación en armas

En el *Manifiesto de Cartagena* del 15 de diciembre de 1812, Simón Bolívar²¹⁰ señala que las autoridades de la república

209 S. Bolívar, «Capitulación de Caracas», 2 de agosto de 1813, *op. cit.*, p. 234.

210 S. Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», 15 de diciembre de 1812, *op. cit.*, tomo 6, pp. 205-206.

no autorizaron levantar tropas veteranas, disciplinadas, totalmente instruidas en los aspectos de la guerra, capaces de presentarse ante una batalla. Por el contrario, se crearon numerosos cuerpos milicianos indisciplinados, lo que condujo a la destrucción de la agricultura, ya que alejaba a los hombres de sus tierras, se generó una reputación negativa sobre el gobierno republicano, debido a que los hombres eran reclutados para tomar las armas teniendo que dejar abandonadas sus familias.

Para la clase dirigente de la república, denuncia Bolívar, los hombres que tomaban las armas lucharían por su libertad, sin que fuese necesario que recibieran paga alguna. Se creía que todos los habitantes debían presentarse como soldados cuando la república fuese atacada por el enemigo, tal como ocurría en la antigüedad, Europa y recientemente en los Estados Unidos. Estos pueblos no recurrieron a tropas mercenarias, ya que estas eran proclives a sostener regímenes despóticos, para lo cual debían subyugar a sus conciudadanos.

Este era un razonamiento antipolítico e inexacto, que engañaba las mentes sencillas pero no convencía a los sensatos—decía el Libertador— conocedores de las diferencias que entre esos pueblos, las costumbres y el tiempo de aquellas naciones y la naciente República de Venezuela. En la antigüedad no se pagaban ejércitos permanentes debido a que estos no existían, siendo las virtudes políticas sus severas costumbres y el carácter militar lo que guiaba a esos pueblos, características que aún estaban lejos de ser alcanzadas por la nación venezolana, indica Bolívar. Las naciones modernas en Europa se han levantado contra los tiranos manteniendo un elevado número de veteranos que requieren para su seguridad. Mientras Norteamérica se encontraba en paz con el resto del mundo, protegido por los océanos, no teniendo que sostener una gran cantidad de tropas veteranas para su defensa.

Este proceder político de la naciente República de Venezuela fue un completo error, aseguraba Bolívar. Los milicianos que se incorporaron al ejército patriota y que debían enfrentar al enemigo desconocían el manejo del armamento, sin haber sido formados en la disciplina y la obediencia militar, por lo que fueron arrasados en la última contienda, a pesar de los heroicos esfuerzos de sus jefes por conducirlos a la victoria. Las consecuencias del último encuentro causaron desconcierto general entre oficiales y soldados. Solo ejércitos entrenados se sobreponen a las primeras pérdidas de una campaña, mientras: «El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna»²¹¹.

En resumen, podemos contemplar la concepción que Bolívar tenía en diciembre de 1812 sobre la estructura de defensa militar, específicamente de su ejército, el cual debía mantener asegurada la defensa de la recién creada república. Bolívar era partidario de tener un ejército fuerte, entrenado, que manejara bien las artes militares y que además recibiera una paga regular por sus servicios, que estimularía el amor por la carrera militar.

Según las *Ordenanzas* de Carlos III,²¹² los cadetes de su ejército debían proceder de una familia de notable hidalguía, también los hijos de oficiales desde el más alto rango hasta capitán podían incorporarse como cadetes. Toda la oficialidad del ejército español pertenecía a una élite. Desde el soldado raso hasta el sargento procedían del pueblo llano, el rango de sargento era el máximo rango militar al que podían acceder los hombres humildes del pueblo. El propio Simón Bolívar era producto de este sistema militar de castas.

211 *Ibidem*.

212 Ver capítulo II.

Ahora bien, Bolívar antes de liberar la ciudad de Cúcuta el 28 enero de 1813, había incorporado a su propio ejército, aplicando una política liberal, según sus palabras, a todos los oficiales, sargentos, cabos y soldados de origen americano, que habían servido al ejército enemigo²¹³. Sin embargo, unos días antes, 16 de enero de 1813, en la ciudad de Cartagena, ordena el Libertador incorporar a la expedición a criollos y extranjeros que voluntariamente se unieran, conservando sus respectivos grados militares que cada uno hubiera alcanzado hasta ese momento, asignándole grado militar a quien no disfrutara de dicho fuero.

Bolívar se dirige a los habitantes de Cúcuta el 6 de abril de 1813 y ordena que todos aquellos ciudadanos que habían tomado las armas en favor de la causa realista, debían reportarse ante las autoridades patriotas con el armamento para ser perdonados por ese crimen, y probablemente serían incorporados al ejército patriota. Bolívar consideraba provechoso tratar dignamente a los partidarios del bando enemigo de origen americano. De esta forma se estimulaba la desertión del enemigo, incluyendo sus armas, «que es lo que más importa en la época presente»²¹⁴, afirmaba el Libertador.

Girardot informaba el 10 de junio de 1813, que había ordenado a todos los habitantes y vecinos de Trujillo presentarse al comandante patriota en esa ciudad con las armas de fuego y armas blancas en su posesión, señalando que infringir esta instrucción acarrearía los peores castigos. Ofreció indulto y perdón a los soldados que habían luchado con Correa, dispersos en los campos y montes. Los soldados con su fusil y bayoneta recibirían una gratificación de cuatro pesos²¹⁵.

213 S. Bolívar, «Oficio del Coronel Simón Bolívar para el Comandante General de la Vanguardia del Ejército de la Unión», 23 de enero de 1813, *op. cit.*, tomo 7, p. 19.

214 S. Bolívar, «Oficio de Bolívar para el Presidente Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión», 6 de abril de 1813, *op. cit.*, p. 82.

215 Atanasio Girardot, «Bando del Teniente Coronel Atanasio Girardot, Jefe de la

En el Decreto de Guerra a Muerte, Bolívar expresa taxativamente: «Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables»²¹⁶. Esta última línea del decreto, invita a todos los americanos, sin importar si antes habían combatido bajo las banderas del rey, a tomar partido por la causa patriota. No importando la condición social ni el color de piel. No se tomaba en consideración si era una persona acaudalada o de pocos recursos. De igual manera, daba lo mismo si eran personas del campo o la ciudad, si sabía leer o era analfabeto, si eran ateos o católicos. Bolívar convocaba a todos los hombres y mujeres nacidos en tierras americanas a luchar contra los españoles. Es más, si un español o canario mostraba afecto y daba señales por la causa patriota, recibiría el mismo trato que se daba al americano.

Al igual que Clausewitz, Bolívar también consideraba la guerra del pueblo como un medio de lucha capaz de expandir y fortalecer la guerra contra España. La clásica guerra en que había sido formado Bolívar era desarrollada principalmente entre EJÉRCITOS, en el entendido de que en medio de esta situación —confrontación solo entre ejércitos— no se veía afectada la vida cotidiana de los pueblos. Bolívar incorporó al pueblo americano, en el enfrentamiento contra las fuerzas del rey, haciendo que esta guerra contra los realistas, se potenciara e incrementara en cuanto a capacidad destructiva.

Un pueblo en armas, o que toma partido por un bando, facilita la destrucción de la base material y moral del ejército enemigo, no mediante un enfrentamiento directo, sino más bien a través de acciones que obliguen al enemigo a desalojar el territorio ocupado o invadido, antes que ese enemigo —pueblo en armas— lo destruya definitivamente. El Decreto de Guerra

Vanguardia», 10 de junio de 1813, *op. cit.*, p. 160.

216 S. Bolívar, «Decreto de Guerra a Muerte», 15 de junio de 1813, *op. cit.*, p. 162.

es direccionado a la población que soportaba moral y materialmente al ejército realista entre los Andes, y Caracas. Era necesario que esta guerra del pueblo en armas se acompañara con acciones del ejército regular, atendiendo un plan general para llevar a cabo la guerra. El plan general era liberar Caracas, con el menor sacrificio posible, esto previamente establecido el 15 de diciembre de 1812.

Una condición descrita por Clausewitz para llevar a cabo esta guerra del pueblo, era que la confrontación bélica se desarrollara en el interior del país. Fue lo que sucedió desde Cúcuta, pasando por Mérida, Trujillo, Barinas y Valencia. La guerra del pueblo se aplica en una gran extensión del territorio nacional. Se requiere que el carácter o sentimiento nacional apoye las medidas de guerra contra el enemigo, y de allí la importancia de haberse emitido el Decreto de Guerra a Muerte, justamente en Trujillo. El pueblo venezolano al enfrentar a los realistas tuvo que haber limitado sensiblemente la capacidad operativa de los europeos, dificultando al enemigo el acceso a alimentos, ganado vacuno, protección, suministro de información de inteligencia errada, que según Clausewitz, debía darse en un espacio geográfico en el que prevaleciera la región montañosa, boscosa.

Para el mayor éxito de la guerra popular, el territorio debía estar totalmente ocupado por pueblos, aldeas y pequeñas ciudades, siendo las distancias entre los centros poblados mínima. Era lo que prevalecía entre Cúcuta y Caracas. Esta ocupación del espacio por el pueblo en armas, facilitaba que este interviniera en la destrucción de los caminos, dificultara la instalación de los campamentos donde pernoctaría la tropa enemiga, generando un ambiente de inseguridad y resquemor entre los soldados y oficiales del ejército contrario al pueblo; decía Clausewitz que el espíritu de resistencia existe en todas partes, pero no es tangible en ninguna.

En la guerra popular el pueblo armado no se enfrentaría directamente a los realistas. Clausewitz indicaba que la organización del pueblo debía ser capaz de suministrar espacios seguros para el descanso de la tropa regular, medios de transporte y otras contribuciones, probablemente alimentos. Era lo que venía indicando Bolívar al gobierno de Nueva Granada sobre la necesidad de ocupar Venezuela, porque de allí se sacarían los recursos para asegurar la concreción del objetivo político descrito por Clausewitz, que para Bolívar no era otra cosa que liberar a Venezuela del gobierno español.

Conclusiones

Un Estado fija constantemente objetivos políticos, bien para alcanzar sus propias aspiraciones o como respuesta a las ambiciones de otro ente semejante. Existen diversas formas de alcanzar dichos objetivos políticos, siendo la guerra uno de los instrumentos utilizados por la política para alcanzar sus fines. Un objetivo político se logra cuando las naciones o entes beligerantes se someten o coinciden en un acuerdo o pacto, que finalmente conduce a la paz, sin que necesariamente haya habido una destrucción total de los bandos en pugna.

El objetivo político trazado por Bolívar desde el 15 de diciembre de 1812, no era otro que actuar contra las fuerzas realistas que gobernaban Venezuela en ese momento, con el fin de desarticular completamente dicho gobierno. Consistía en tomar los Andes por el occidente, incorporando al ejército patriota a todo americano que así lo deseara, sacando los recursos para el sostenimiento de ese ejército de las provincias andinas, de Barinas y los Llanos de Caracas (Cojedes

y Portuguesa). Finalmente, mediante acciones militares contundentes procuró doblegar la voluntad guerrera de los realistas y sus partidarios, obligando a los representantes del rey a buscar la firma de un tratado de paz, entregando estos a las fuerzas patriotas el control político y militar sobre Caracas y Venezuela. Ese era el objetivo de Bolívar en 1813.

Bolívar fue formado militarmente en la corriente del pensamiento imperante en Europa y sus áreas de influencia de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, evidentemente bajo las características propias de una provincia alejada de los centros del poder metropolitano y virreinal. Es por ello que su forma de lucha es la clásica guerra europea. Sin embargo, entre 1812 y 1813 se empieza a resquebrajar este paradigma. Bolívar es un innovador en relación con sus contemporáneos, al incorporar a la lucha armada entre los ejércitos, la participación activa de los pueblos, es decir, pueblos en lucha popular, donde los orígenes de casta, color de piel, credo, condición económica poco importaban, solo se requería haber nacido en América como razón suficiente para combatir al enemigo. También admitía la incorporación de peninsulares y canarios. Era necesaria la participación del pueblo para lograr derrotar a un poderoso enemigo, organizándose los patriotas en milicias bien entrenadas, que manejaran perfectamente el armamento y que recibieran una contrapartida monetaria por sus servicios a la patria.

El Decreto de Guerra a Muerte fue un componente de suma importancia en el marco de la Campaña Admirable. Bolívar pretendía aminorar las acciones de violencia y la destrucción que generaba la guerra al mostrar al bando contrario la imposibilidad de ganar la contienda, aunado a las limitaciones económicas que enfrentarían de continuar las hostilidades. De rendirse de inmediato el bando realista ante los patriotas, al emitirse el Decreto de Guerra a Muerte,

las fuerzas patriotas hubiesen entrado con mayor celeridad a Caracas para la toma definitiva del poder.

Las acciones llevadas a cabo por Domingo de Monteverde y su ejército en territorio venezolano posterior a la caída de la Primera República, se explican perfectamente en la propuesta filosófica de Clausewitz. Los efectivos españoles estaban en la obligación de desarmar al enemigo mediante el empleo de la violencia, haciendo que la población civil, principalmente, renunciara al sentimiento patriótico que se manifestó con mayor ahincó luego de los sucesos del 19 de abril de 1810.

Se requería de la participación de todo el pueblo para poder hacer frente a un ejército poderoso, bien armado, equipado y entrenado, porque según Clausewitz, el espíritu de resistencia existe en todas partes, pero no es tangible en ninguna. Estos ejércitos poderosos no tenían cabida si el pueblo los enfrentaba organizadamente.

El Decreto de Guerra a Muerte no fue una acción aislada de Bolívar, ni mucho menos una respuesta como retaliación a lo sucedido a Briceño y sus hombres en Barinas, tampoco obedecía a una acción de venganza contra los españoles por llevar una política cruel para con los americanos. Era un mecanismo de guerra contemplado por Clausewitz en el cual, a través de medios especiales se podía influir sobre la posibilidad de éxito sin la derrota de las fuerzas armadas del enemigo, con efecto inmediato sobre la política. Consiste en realizar actos para romper las alianzas del enemigo, o hacerlas ineficaces, también para atraer nuevos aliados a nuestro bando, facilitando actividades políticas destinadas a captar simpatizantes entre los americanos. El Decreto de Guerra a Muerte fue una estrategia contemplada en un plan general de mayor alcance, el cual consistía en conseguir la libertad definitiva de Venezuela del gobierno realista.

El plan general de Bolívar era marchar desde Cúcuta hasta Caracas, de ser posible sin disparar un solo tiro, causando el menor derramamiento de sangre, con el fin de someter al enemigo mediante un acuerdo de paz y de esa manera acceder al poder político que reposaba en Caracas.

Cualquier ejército que ocupa o invade un territorio que no sea el de la propia nación debe considerar a los habitantes nativos de ese país como potenciales enemigos, a los cuales se debería someter por el uso de la fuerza. Ese fue el accionar de Monteverde y sus hombres luego de la rendición de los patriotas en 1812 (Caída de la Primera República).

El ejército realista, al igual que el resto de ejércitos de Europa, era una institución en la que el origen de casta marcaba la diferencia sobre el destino que habría de tener cada uno de sus miembros desde que ingresaban a la carrera militar. La oficialidad era formada desde muy jóvenes, Clausewitz y Bolívar ingresaron al servicio desde muy temprana edad, Clausewitz como hijo de un oficial y Bolívar por su condición de noble, también hijo de un oficial, serían quienes se formarían como cadetes hasta alcanzar los más elevados rangos dentro de la carrera militar. Los hijos de origen humilde aspirarían a ingresar como soldados rasos, y si su carrera era brillante y ejemplar, podrían alcanzar el rango de sargento. Luego todo eso cambiaría con la Guerra de Independencia.

Bibliografía

- ALONSO BAQUER, M., (1990), «Marie von Brühl, esposa de Carl Clausewitz» en: Alonso Bagüer, M., De Querol Lombardero, A. y Kutz, M., *Clausewitz y su entorno intelectual*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- AGUIRRE LIÉVANO, I., (2011), *Bolívar*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana.
- BOLÍVAR, S., (1983), *Documentario de la libertad*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- CARLOS III, (1767), *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de sus ejércitos*, Madrid, Secretaría del Despacho Universal de la Guerra.
- CLAUSEWITZ, K., (1960), (trad. R. W. Setaro), *De la guerra*, Buenos Aires, Ediciones Mar Océano, pp. 611.
- _____, (2016), *De la guerra*, Caracas, Editorial Hormiguero.
- FALCÓN VELOZ, F., (2006), *El cadete de los valles de Aragua*, Caracas, Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, pp. 246.

- FARFÁN CASTILLO, A., (2014), *Milicias y milicias disciplinadas del Virreinato de la Nueva Granada. La configuración de la defensa y la seguridad durante la segunda mitad del siglo XVI-II*, [Tesis de licenciatura no publicada], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, p. 150.
- FEDERICO II, (1793), (trad. Antonio Naveduela), *Instrucción secreta que Federico II, rey de Prusia, dio a sus oficiales principalmente a los de caballería y dragones en la ocasión de la guerra de Baviera*, Editor Gerónimo Ortega y Herederos de Ibarra.
- HURTADO CAMARGO, S., *La conspiración de 1813 en Barinas*, Barinas, 2016.
- KUETHE, Allan J. y Marchena Fernández, J., (2005), *Soldados del rey, el ejército borbónico en América colonial en vísperas de la Independencia*, España, Ediciones de la Universidad de Jaume I, pp. 282.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, J., (2000), *De uniformes y laberintos, la generación militar de Simón Bolívar (1777-1810)*, Caracas, Boletín de la Academia Nacional de la Historia, N.º 332.
- MONTECUCCOLI, R., (s/f), *El arte universal de la guerra*, Caracas, Editorial Hormiguero, Universidad Militar Bolivariana de Venezuela, Disponible para descargar en: <https://www.hormiguero.com.ve/download/arte-universal-la-guerra-raimundo-montecuccoli-2018-serie-clasicos-la-guerra/>. Consultado el 20 de junio de 2020.

Índice

Introducción	7
CAPÍTULO I	
Identificar los principales aportes filosóficos de Clausewitz sobre la guerra	13
Aspectos biográficos relevantes de la vida de Clausewitz	13
Conceptos básicos de Clausewitz sobre la guerra	14
El objetivo político de la guerra	16
«La guerra es la mera continuidad de la política por otros medios»	18
RELACIÓN ENTRE EL INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA (LA GUERRA) Y LAS EMOCIONES ENTRE LA MASA COMBATIENTE	19
La trilogía de la guerra	20
El fin y los medios de la guerra	21
DESTRUCCIÓN DEL ENEMIGO MEDIANTE LA FUERZA FÍSICA Y LA FUERZA MORAL	26
El genio para la guerra	27
Incidencia de las fuerzas morales en el desarrollo de la guerra	32

Retirada hacia el interior del país	34
La nación en armas	36
 CAPÍTULO II 	
Simón Bolívar y el ambiente militar en el que se formó	39
El ejército español de mediados del siglo XVIII	39
SISTEMA DEFENSIVO DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS EN AMÉRICA	39
LAS REFORMAS BORBÓNICAS SOBRE LAS MILICIAS	43
LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO REAL ESPAÑOL SEGÚN CARLOS III Y SU INCIDENCIA EN LA CONFORMACIÓN DE LAS MILICIAS REGLADAS O DISCIPLINADAS EN TIERRA FIRME	45
FORMACIÓN MILITAR DE LOS CADETES	52
Pensamiento sobre la guerra y el arte militar en el siglo XVIII previo a Clausewitz	55
CONDE RAIMONDO DE MONTECUCCOLI	55
CAUSAS QUE INCITAN A DAR LA BATALLA	57
CAUSAS QUE OBLIGAN A NO DAR LA BATALLA	58
Federico II de Prusia	60
SOBRE EL GOLPE DE OJO MILITAR DESCRITO POR FEDERICO II	63
Formación militar de Simón Bolívar	66
El joven Bolívar en Europa, 1799-1802	69

|CAPÍTULO III|

Bolívar ejecutante de la guerra, según los postulados de Clausewitz (1812 y 1813) 71

Conceptos de Clausewitz puestos en práctica por Bolívar 71

EL BANDO REALISTA DESARMA AL ENEMIGO PATRIOTA A MEDIADOS DE 1812 75

El objetivo político de Simón Bolívar expresado en el Manifiesto de Cartagena del 15 de diciembre de 1812 77

LEY DE PROBABILIDADES CONSIDERANDO LOS DATOS SUMINISTRADOS POR LA REALIDAD, EXPUESTOS EN EL MANIFIESTO DE CARTAGENA 79

La guerra es la continuidad de la política por otros medios 80

El Decreto de Guerra a Muerte y la trilogía de la guerra 81

El fin y los medios de la guerra (*sic*) a disposición de las fuerzas patriotas 86

Doblegar la voluntad del enemigo. Coincidencia entre Bolívar y Clausewitz: paralelismo en la concreción política 95

Bolívar deseoso de alcanzar la paz 99

Simón Bolívar y el objetivo político establecido en el *Manifiesto de Cartagena* 100

Firma de la Capitulación de la ciudad de Caracas 103

Venezuela, una nación en armas	106
Conclusiones	113
Bibliografía	117

Índice de tablas

Cuadro N° 1. Conformación de un Regimiento de Infantería según disposiciones de Carlos III, año 1767	49
Cuadro N° 2. Conformación de un Regimiento de Caballería según disposiciones de Carlos III, año 1767	50
Cuadro N° 3. Conformación de un Regimiento de Dragones según disposiciones de Carlos III, año 1767	51

Índice de figuras

Figura N° 1. Trilogía de la guerra según Clausewitz	21
Figura N° 2. El fin y los medios de la guerra según Clausewitz	23
Figura N° 3. El valor como primera cualidad del combatiente	28
Figura N° 4. El azar y la incertidumbre	30
Figura N° 5. El genio militar, el azar, la incertidumbre y la determinación	30
Figura N° 6. El azar y la incertidumbre	31



«Bolívar fue formado militarmente en la corriente del pensamiento imperante en Europa y sus áreas de influencia de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, evidentemente bajo las características propias de una provincia alejada de los centros del poder metropolitano y virreinal. Es por ello que su forma de lucha es la clásica guerra europea. Sin embargo, entre 1812 y 1813 se empieza a resquebrajar este paradigma».

LAS FORMAS DEL FUEGO

ENSAYO

Con esta publicación, el autor expone un panorama de las tácticas y reflexiones militares que fundamentaron los movimientos estratégicos de Simón Bolívar en el continente latinoamericano y los de Karl von Clausewitz en el continente europeo. Este texto conducirá a sus lectores a conocer las semejanzas entre los detalles del pensamiento del Libertador como líder estratega y la visión del general alemán. *Bolívar y Clausewitz: vidas paralelas en la política y la guerra (1812-1813)* fue merecedor en el 2020 del Premio del Concurso para Autores Inéditos, mención Ensayo.

YVÁN JOSÉ SALCEDO UZCÁTEGUI (1975, Barinas). Es economista agrícola egresado de la Unellez, magíster en Historia Militar por el Instituto de Altos Estudios de Seguridad de la Nación (Iaesén), magíster en Filosofía de la Guerra por el Instituto de Estudios Estratégicos Operacionales de la FANB Libertador Simón Bolívar. Actualmente, se desempeña como docente investigador en la maestría de Historia Militar del Iaesén de la Universidad Militar Bolivariana de Venezuela.

